11238

ALBERTO INSÚA Y TOMÁS BORRÁS

UNA MANO SUAVE

COMEDIA EN TRES ACTOS

MADRID
1 9 2 9

4

UNA MANO SUAVE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

Los autores se reservan el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

—

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hôllande.

—

Queda hecho el depósito que marca la ley.

—

Copyright by Alberto Insúa y Tomás Borrás, 1929.

ALBERTO INSUA Y TOMAS BORRAS y Bermejo

LC
1971

UNA MANO SUAVE

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el teatro Barcelona, de Barcelona, el 18 de diciembre de 1928, y en Madrid, en el teatro de la Zarzuela, el 1 de marzo de 1929, por la compañía Rivera-De Rosas.

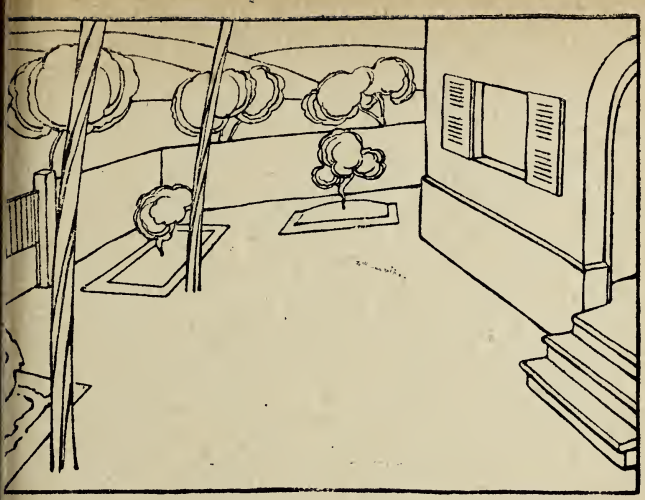
DIBUJOS DE BARBERO

LA FARSA
AÑO III | 23 DE MARZO DE 1929 | NUM. 79
MADRID

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Mercedes (veintiún años).....	Matilde Rivera.
Teresita (diez y ocho años).....	Maruja Gil Quesada.
Asunción (treinta y cinco años)...	Dora Martínez.
Mamá Hortensia (sesenta años)...	Pilar Gómez.
Hipólita (cincuenta y cinco años)..	Emilia Olcina.
Pepa .... } *Muchachas jóvenes*..... }	María Angélica Sarobe.
Chichita . }	Cecilia Sanjuán.
Antoñito (cuarenta y un años).....	Enrique de Rosas.
Leonardo (veinte años).....	Francisco Allende.
Papá Antonio (setenta años).....	Mario Sofficci.
Mr. La Roche (cincuenta años)	Carlos Bellucci.
Reletúa (cincuenta y seis años)....	Ricardo de Rosas.
Don Arturo (sesenta años).....	Santiago Gómez.

En San Sebastián, en nuestros días, durante el verano.



ACTO PRIMERO

n de un hotel situado en uno de los montes que dominan la po-
ón. A la derecha del espectador está la casa. Al fondo, una valla
adera, que se supone separa la finca y la carretera de subida.
alla tiene puerta de entrada a la izquierda de la escena. El
n es de aspecto cursi. El hotel es modesto. Sillas de paja, una
mesita, etc... Es por la tarde.

ELETÚA.—*(Jardinero vasco, en mangas de camisa, con faja
, pantalón azul, alpargatas y boina; está arreglando la
l, cuya hiedra ha sido arrancada y pisoteada por un lu-
próximo a la fachada del hotel.)* ¡Izutua nago! ¡Me cás!...
a aparecido HIPÓLITA, *burgalesa, su mujer, de los mismos
enta y cinco años que tendrá Reletúa; tipo de sirviente.)*
IPÓLITA.—¿Qué haces, hombre? ¿Qué murmuras ahí?
ELETÚA.—Miréis. *(Enseñándola los desperfectos.)* Un pan-
a ya hay en la casa. Norc pensa cezaquean. ¡Quién se lo
aría!
IPÓLITA.—Se dice fantasma.
ELETÚA.—Pantasma o pantasmo, por aquí anoche te ha sal-
¡Izutua nago! Cogerle, ya le cogeré al pantasma.

HIPÓLITA.—No te metas en lo que no te importa. A lo jor estaba citado con otra..., con otra fantasma.

RELETÚA.—Sí, ya me sé bien, ya me sé. Aquí en esta pantasmas te son todos. Miréis otro.

(Aparece TERESITA, *muchacha de diez y ocho años, ves de negro. Lleva rosario y velillo. Modesta, de aspecto pobre.)*

TERESITA.—Buenas tardes.

RELETÚA.—Betor Jaungoicoarequin.

HIPÓLITA.—Dios se las dé, señorita Teresa.

TERESITA.—Pero cómo, ¿no has ido con mi hermana I cedes?

HIPÓLITA.—Me mandó que me quedase.

TERESITA.—¿Quién la ha acompañado entonces?

HIPÓLITA.—Vino don Arturo a tiempo que estaban aquí señoritas del hotel de al lado y se fueron todos.

TERESITA.—¡Qué chica, y tú qué descuidada! No está l que mi hermana vaya con el novio sin una persona de la c ¿Dónde fueron?

RELETÚA.—A Bayona. Pero disgusto no te tomes. El n viejo te es; pasarla nada, no puede pasarla.

TERESITA.—Vamos, Reletúa, a ti no te he preguntado.

RELETÚA.—Pues yo sí que te digo. Si más cuidado tend con aparisiones, mejor sería.

TERESITA.—¿Qué dice?

HIPÓLITA.—No le haga caso, señorita. Cállate.

RELETÚA.—El lengua para hablar me tengo. Aquí te tie destrozada la planta..

TERESITA.—Bien, ¿y qué?

RELLTÚA.—De noche, desde el camino, ¡sás! Entrar his pantasma. A robar no era. Nosotros inorantes. Tu herm sabrá.

HIPÓLITA.—¡Reletúa!

RELETÚA.—Reletúa dise, Reletúa avisa. Obligasión que ti

TERESITA.—Y yo te lo agradezco, porque ya sé que lo ha por bondad. *(Se queda un poco pensativa.)* Bien, hasta lue

HIPÓLITA.—Hasta luego, señorita.

(Sale Teresa por la puerta de la empalizada, a la izquier

RELETÚA.—A resar. Pantasma también te es.

HIPÓLITA.—La señorita Teresa es un ángel. A todos los esta casa se los lleva el diablo, menos a la señorita, que s lleva Dios.

RELETÚA.—Jaungoicoa... Recomendasiones me estoy busc do que nos proteja a todos. ¿Los dose credos ya te resaste prometí?

HIPÓLITA.—Los recé de mala gana... Y a ver si se te ac

costumbre. En cuanto haces un voto no es por tu cuenta, para que yo lo cumpla. Y eso no puede ser, no sirve.

ELETÚA.—¿El mujer y el marido, qué más da? Como si uno amos.

IPÓLITA.—Pero yo soporto las consecuencias. Acuérdate de cuando estuvo don Antonio tan enfermo tuve que llevar ito un año porque tú lo prometiste si curaba.

ELETÚA.—Ropa que te ahorraste.

IPÓLITA.—Y estos doce credos, ¿para qué eran?

ELETÚA.—Para que el señorito Antoñito se nos vuelva.

IPÓLITA.—¡Me parece que ése!... Hace demasiados años voló. Las señoritas ni le recuerdan. Yo misma no podría ir cómo era.

ELETÚA.—Aleguere, aleguere... Jovensito simpático... Risas ía con él... La señorita Mersedes, con el pelo cortao, pan- nes la pones y el padre te era.

IPÓLITA.—Ahí viene el franchute; corre a avisar al señor.

ELETÚA.—Tú avísale. Arreglarme tengo la empalisada.

Hipólita entra. Aparece monsieur LA ROCHE, *francés, de qué, con su barba característica y la consabida cinta de la ión de Honor. Se abanica con un jipijapa. Marcado acento.)*

A ROCHE.—Buenas tardes. ¿Don Antonio?

ELETÚA.—Baita zuri ere.

A ROCHE.—*(Aparte.)* Nunca entiendo a este sirviente *(Alto.)* dría avisarlo?

ELETÚA.—Ya te ha ido a avisar.

A ROCHE.—*(Aparte.)* Siempre me tutea este criado. Es un scales.

Sale DON ANTONIO, *viejo de sesenta años, bien conservado. dirigè apresuradamente a monsieur La Roche, y sin saludarle extiende la mano como para recibir algo. El francés, que muy ceremonioso, no ve el ademán porque está inclinado. letúa vuelve a la empalizada y la desarregla adrede para edarse a oír.)*

DON ANTONIO.—¿Algo nuevo, mi querido La Roche? ¿Noti- s? ¿Cheque?

LA ROCHE.—Pero déjeme saludarle. ¿Qué tal, don Antonio?

DON ANTONIO.—*(Con su idea.)* Y... ¿de cuánto? ¿De cuánto? *eportándose.)* ¡Ah! Perfectamente, ¿y usted?...

LA ROCHE.—¿Yo? Al pelo... Desde que pongo el pie en la Es- ña, al pelo.

DON ANTONIO.—Siéntese usted. *(Se sientan.)* De modo que venido usted a San Sebastián exclusivamente...

LA ROCHE.—A hablar de togos, don Antonio. Es imperdona- e que en Biarritz no tengamos un cigculo tauguino. Es la sola dad del Mediodía de la Francia sin cigculo tauguino, y lo

que es peor, sin plaza... Hay que construir una plaza grande plaza, una plaza...

DON ANTONIO.—*(Rozando el índice con el pulgar de la derecha.)* ¿De cuánto? ¿De quince mil?

LA ROCHE.—Sí, quince mil o veinte mil; eso depend tegueno y de la construcción.

DON ANTONIO.—¿Pero de qué me habla usted, La Roch le pregunto la cuantía del cheque...

LA ROCHE.—¿Del cheque? ¡Ah, sí! Y yo pensaba en mego de espectadogues de mi plaza. *(Reletúa se lleva la a la sien; cree chiflado a monsieur La Roche. Hace mut letúa.)* Cada uno a su idea... Usted... *(Hace la mímica d tar dinero.)* Y yo... *(Simula poner banderillas.)* ¡Ja, j *(Sacando su estilográfica y unos papeles.)* Firme el ch Llegó hace tres días. Son quince mil pesetas.

DON ANTONIO.—*(Con alegría.)* ¡Quince mil!

LA ROCHE.—Aquí las tiene. *(Las saca de la cartera. Do tonio firma y toma los billetes.)* Pego, ¿que le pasa? Ha usted emosionado.

DON ANTONIO.—Sí, sí... Emocionado. No puedo recibir cias de Antoñito sin emocionarme. ¿Vendrá carta con el

LA ROCHE.—Nada de cagta. Ese muchacho es insopogt no escribe. El cheque es de un Banco de Califognia.

DON ANTONIO.—No escribe. No sabemos nada de él. hijo!

LA ROCHE.—*(Generoso.)* Usted no puede quejarse. La ción, que era sencillamente teguible, al concluir el proce ido mejogando. mejogando... Como que yo creo que está tedes mejor que antes.

DON ANTONIO.—Gracias a usted, que ha sido nuestra videncia. Y a mí, ¡ah!, y a mí, que en los casos graves go una sangre fría, una serenidad... *(Levantándose, pase se.)* Porque había que ver la situación. Había que verla...

LA ROCHE.—*(Con calma.)* Había que vegla, como yo l Usted, con toda su sangre fría, se ofuscó. Ya creía a Ant en la cárcel. Y Antoñito pasó la frontera, y yo le emba ¿Cómo dicen ustedes en español *romanesque?*

DON ANTONIO.—Novelesco.

LA ROCHE.—Eso es. Antoñito es un tipo novelesco. Le cosas novelescas. Se casa a los diez y nueve años raptar la novia por el balcón. Me consta que fué por el balcón. lesco. A los veinticuatro se enamoga de una casada, y veinticinco se bate con el marido de esta mujer y lo hiere vísimamente... Novelesco... La familia del esposo ultr exige a ustedes una indemnización.

DON ANTONIO.—Novelesco.

LA ROCHE.—Se paga y en paz.

DON ANTONIO.—¿Y en paz? Olvida usted el epílogo. Mi pobre nuera, que murió del disgusto...

LA ROCHE.—Y de bronconeumonía...

DON ANTONIO.—Los sufrimientos que le infligía Antoñito habían ido minando su salud... Mi nuera, la pobre Mercedes, fué una mártir.

LA ROCHE.—En esta casa todos son mágtires.

DON ANTONIO.—Usted siempre ha disculpado a mi hijo. ¡Pero un padre que no quiere a sus hijas, que nos las deja a mí y a la santa de Hortensia casi con el biberón en la boca!...

LA ROCHE.—¡Alto ahí, don Antonio! Si Antoñito no quisiera sus hijas; si fuega lo que se dice un padre desnaturalizado, no le traería a usted dinego de su parte... Mire. Hace unos catorce años que marchó, y yo calculo, calculo, así de memoria, que le he traído a usted de su parte unas trescientas mil pesetas... No se queje. *Tout est bien qui finit bien.*

DON ANTONIO.—¿Pero quién le dice a usted que esto concluye? Ahora empiezan otras dos novelas: las de las hijas. ¡Ah, pero esas serán dos novelas ejemplares! Las firmaré yo.

LA ROCHE.—También es usted un tipo novelesco, don Antonio. Todos somos novelescos. Usted es el señor que se cree infalible, que no se equivoca nunca...

(Sale MAMÁ HORTENSIA, *señora de sesenta años, opaca, insignificante.)*

DON ANTONIO.—Y usted... Calle. Ahí viene Hortensia, esa santa...

LA ROCHE.—*(Yendo hacia ella.)* Señoga mía. *(La besa la mano.)*

MAMÁ HORTENSIA.—¿Qué tal, La Roche? ¿Me trajo las píldoras que le encargué?

LA ROCHE.—¿Qué píldogas?

MAMÁ HORTENSIA.—*(Sentándose, con un suspiro.)* No las trajo... Apúntaselas en un papel, Antonio, para que no se le olviden.

DON ANTONIO.—*(Como quien sigue una manía.)* Sí.

LA ROCHE.—¿Nada nuevo, doña Hortensia?

HORTENSIA.—Nada. Teresita ha ido a la novena de Nuestra Señora. Ya se acerca la Natividad. Y Merceditas a Biarritz. Tomaba parte en un concurso hípico.

LA ROCHE.—Cada una a lo suyo.

HORTENSIA.—Sí.

DON ANTONIO.—La Roche nos ha traído noticias de Antoñito. Parece que está en California...

HORTENSIA.—*(Animándose.)* ¿Ah, sí? ¡Qué alegría! ¿Y está

bien? ¿Está bien? ¿Ha habido carta? *(Don Antonio va a d que no. La Roche se adelanta.)*

LA ROCHE.—Sí, pregunta por todos. Manda recuegdos.

HORTENSIA.—Ya habría que decirle lo de las chicas.

DON ANTONIO.—No... Hasta última hora no hay que dec nada. El me dejó amplios poderes. Yo soy, en realidad, el dre de las niñas. Hortensia y yo queremos asegurar el por nir de nuestras nietas... Yo estoy bien, no padezco ninguna sión orgánica; pero... a mis años no se sabe... A Hortensia la ve usted...

HORTENSIA.—¡Ay, yo estoy mal, muy mal! Siento una tiga, un acabamiento. ¿Por qué olvidó esas píldoras? Di que rejuvenecen... El licor del otro día no me dió resultad

LA ROCHE.—Ya probó todo lo que anuncian en los peri cos, y está usted viva. Tiene usted una salud de hier ¡Ja, ja, ja!

HORTENSIA.—¡Ji, ji, ji! *(Con risita de enferma.)* ¡C más quisiera yo!

DON ANTONIO.—Bueno, es necesario vivir hasta dejar gurado el porvenir de nuestras hijas. Viviremos. ¡Sabe D con qué angustias! Pero, en fin, Merceditas se casa, y b a su gusto...

LA ROCHE.—*(Con retintín.)* ¿Y al de ustedes?

DON ANTONIO.—*(Con energía.)* Y al nuestro, sí, señor; nuestro... ¿O es que usted admitiría que la diéramos por rido al otro, a ese badulaque de Leonardo Orovio, que cree un Espronceda o un Musset y es... un perfecto vago, bohemio?

LA ROCHE.—*(Sacudiendo los brazos.)* Basta, basta. Yo digo sino lo que he dicho. Que la boda de Merceditas don Arturo es un *mariage de raison*, y que...

DON ANTONIO.—Ella está encantada de ser millonaria. P el asunto de Teresita...

LA ROCHE.—Le parece más grave, ¿no es eso?

DON ANTONIO.—Me lo pareció. Pero ya no me lo parece. resita ha nacido para ser monja. No cabe duda que es mística. Su vocación es profunda, razonada, inflexible... la combatí, la combatimos... *(Mirando a Hortesia.)* Pero..

LA ROCHE.—La vocación pudo más. Yo no sé. No enti do de estas cosas. Son demasiado íntimas, de cada uno, cada casa. Yo no digo nada, nada...

DON ANTONIO.—Esa neutralidad, amigo La Roche, equi le en usted, que tanto nos quiere, a una censura...

LA ROCHE.—¡Oh, no! Pero yo no soy profeta; nadie s lo que puede ocuguir. *(Con amable ironía.)* Es decir, lo usted, que no se equivoca nunca...

DON ANTONIO.—Este francés, con qué gracia me dispara la cha. *(Paseándose.)* Pues sí. Estoy tranquilo, seguro.

LA ROCHE.—*Tant mieux.* Me alegro. Me alegro, de vegas, . me magcho. ¿Qué hora es? Las seis. ¡Sapristi! Me voy lando. *Au revoir*, don Antonio... Doña Hortensia... *(Les estrecha apresuradísimo las manos.)*

DON ANTONIO.—Pero ¿qué le pasa?

LA ROCHE.—Que tengo a las seis, en el Kutz, junta de afi- nados y capitalistas. Vegá usted cómo hacemos la plaza, plaza de Biarritz. *(Dando un pase con el sombrero.)* ¡Olé! e pone el sombrero.) *Au revoir...*

(Al salir tropieza con LEONARDO OROVIO, *el poeta, que apa- ce muy descompuesto.* MONSIEUR LA ROCHE *y* LEONARDO *se iran un instante, sin disculparse, sin saber qué decir. Se ve tubear a* LA ROCHE. *Deja que los viejos se las entiendan n el poeta, y escapa.)*

DON ANTONIO.—*(A Leonardo, que está jadeante.)* Caballero,) me explico...

LEONARDO.—*(Irguiéndose.)* A eso he venido, a que hable- os claro...

DON ANTONIO.—Haga el favor de retirarse. Nada tenemos ie decirnos.

HORTENSIA.—¡Jesús, Jesús!

LEONARDO.—Usted no tendrá nada que decirme a mí. Pero o a usted, yo a ustedes, ¡vaya si tengo que decirles cosas! para que no las dijese, ¿me oye usted, don Antonio?, ten- ría usted que matarme...

HORTENSIA.—¡Jesús!

LEONARDO.—No se asuste, señora. Vengo a decirles cómo e llama lo que han hecho ustedes con Merceditas y conmigo...

DON ANTONIO.—No vocifere... ¡Márchese!...

LEONARDO.—Se llama un crimen. Es un crimen de leso amor, e lesa juventud. No se ría usted, don Antonio, no se ría sted. Es un crimen de leso amor, porque Merceditas me que- ía, no como yo a ella, ¡claro!, pero me quería; y usted, stedes *(Mirando a doña Hortensia, que está amedrentada)*, on su frialdad senil, con su egoísmo de viejos que tienen l corazón atrofiado...

DON ANTONIO.—*(Amenazador.)* ¡Fuera de aquí, loco, inso- ente!...

HORTENSIA.—¡Por Dios, Leonardo, retírese! Otro día, con nás calma, hablaremos.

LEONARDO.—*(Imponiéndose.)* No, no me marcho. Mercedi- tas se habría casado conmigo; pero ustedes, explotando su rivolidad, su vanidad, han hecho de ella esa mujer lamenta- le que no debería existir: la mujer joven que se vende a un

viejo. Ustedes me han vendido la novia, y eso es una
mia, uno de esos crímenes blancos que se cometen todos
días, pero que al elegir sus víctimas en hombres como
no suelen quedar impunes...

DON ANTONIO.—Amenazas. Ahora, amenazas... *(Conten
do la cólera.)* Bueno, ya está bien. Ya nos soltó la roci
¡Váyase!... ¡De sobra sabe que mi nieta no le quería!
otros hemos procedido de modo irreprochable.

LEONARDO.—¡Ah! Salvándose las formas, a ustedes les
rece bien lo más monstruoso. Si cegaba por el amor.
ceditas hubiese caído conmigo, eso no se lo hubieran pe
nado; lo llamarían deshonra, ocultarían el hecho a las m
das de todos. Y sin embargo, sería exceso de amor, ex
de vida... Pero exhibirla como en una subasta, adular la
sión senil de un pobre diablo, discutir su precio con la
y, por fin, entregarla legalmente ante un cura y un nota
eso sí es correcto y decoroso y está dentro de las bue
formas.

DON ANTONIO.—Lo que no es correcto es lo que está u
haciendo, y no se lo permito un segundo más.

LEONARDO.—Ya sé que querer, y desesperarse, y llorar
Merceditas; ya sé que defender nuestro cariño no es de bu
educación, entre ustedes. Sin embargo...

HORTENSIA.—¡Nuestro cariño, dice!... Será el de usted,
que el de ella, no le ha tenido nunca.

LEONARDO.—Le tuve y le sigo teniendo. No lo puedo du
Lo comprobé aquí anoche mismo.

DON ANTONIO.—Eso es un alarde de vanidad ridícula
una insinuación de tal índole, que... si no se marcha ah
mismo..., me veré obligado... *(Hace ademán de buscar a
guien.)* ¡Reletúa!

(Aparece RELETÚA.*)*

DON ANTONIO.—Acompañe a este señor hasta ahí fuera.

LEONARDO.—Me marcho. Ahí se quedan todos juntos, p
separados por sus egoísmos, por su ignorancia, por su m
do a la verdad y a la vida.

RELETÚA.—*(Amenazador.)* ¡Fuera!

LEONARDO.—*(Con exaltación valerosa.)* Usted, Don Anton
es un viejo avaro y materialista. Usted, doña Hortensia...,
sé... Una simple tiranizada por su esposo.

HORTENSIA.—*(Gimoteando.)* ¿Yo tiranizada? ¡Dios mío, yo.

RELETÚA.—*(Empujándole.)* ¡Ay! ¡Me cas! ¡Que ya es agu
tar mucho, pues!

(Aparece TERESITA.*)*

TERESITA.—*(A Reletúa.)* Suéltale.

RELETÚA.—Como trapos nos ha puesto.

TERESITA.—¡Suéltale! *(Obedece Reletúa. A Leonardo.)* ¿A qué estos extremos? ¿Por qué no hablar amistosamente con nosotros?

LEONARDO.—Yo no soy amigo de ustedes.

DON ANTONIO.—*(A media voz.)* Vamos, Teresita.

TERESITA.—*(A Leonardo.)* ¿Ni de mí?

LEONARDO.—*(Considerándola, titubeando entre la delicadeza y la verdad.)* Ni de usted.

TERESITA.—*(Con modestia ejemplar.)* Pues dígame lo que le he hecho...

LEONARDO.—Nada.

TERESITA.—¿Entonces?

LEONARDO.—Precisamente. Si usted hubiera hecho algo en esta casa..., con su espíritu ansioso de santidad..., se rebelaría contra la monstruosidad de unir a Mercedes con un hombre que puede ser su abuelo, no digo su padre... Por lo visto, se propone ser una santita indiferente a cuanto no sea su salvación. Para usted la gloria futura, con sus cánticos angelicales... Para los demás el infierno terrestre, con sus miserias y sus vilezas... Por todo eso, Teresita, no soy amigo de usted.

TERESITA.—Me juzga sin conocerme, amigo Leonardo. Nunca me preguntó. Yo no sé si la felicidad de mi hermana depende de que se case con usted. Pero si quisiera oírme, no se casaría con don Arturo...

LEONARDO.—Gracias, Teresita... Me producen un inmenso consuelo sus palabras, pero...

RELETÚA.—*(Empujándole ligeramente a una orden muda de don Antonio.)* ¡Andéis!

LEONARDO.—*(Conmovido por la actitud de Teresita.)* Sí, me voy.

(Se va. Mamá Hortensia se lleva el pañuelo a los ojos. Don Antonio, cabizbajo y con las manos en los bolsillos, pasea de un lado a otro. Reletúa, viendo alejarse a Leonardo, se rasca la cabeza y se pone a arreglar la empalizada.)

TERESITA.—*(Acercándose a mamá Hortensia.)* Mamá Hortensia, no llores, que tú no tienes la culpa...

DON ANTONIO.—*(Deteniéndose irritado.)* ¿Cómo? Entonces, ¿la culpa es mía? Por lo visto te pones de parte del bohemio.

TERESITA.—*(Con dulzura.)* No, papá Antonio, ¿qué he de ponerme? Pero si me autorizas a darte mi opinión...

DON ANTONIO.—Acabo de oírla. Arturo te parece demasiado viejo para tu hermana...

TERESITA.—No es que me lo parezca, sino que lo es...

DON ANTONIO.—Bueno, Teresita, no vamos a perdernos en explicaciones. Tu vocación es consagrarte a la vida religiosa, y la respetamos. La de tu hermana, brillar en el mundo,

y Hortensia y yo no hemos hecho sino ayudarla. Le bastó q Arturo le insinuase su simpatía, para romper con el ot Tú lo sabes.

TERESITA.—Sí. ¡Pobre Mercedes!

DON ANTONIO.—No la compadezcas.

TERESITA.—Me da una lástima profunda. Todavía es tie po, papá Antonio, para impedir...

DON ANTONIO.—*(Airado.)* ¿Qué dices?

TERESITA.—Recuerda, por Dios, que la situación de nues casa ha sido originada por un momento de locura, de arreb de papá.

DON ANTONIO.—¿Es que me tienes por loco?

TERESITA.—No, abuelito. ¿Cómo voy a ofenderte? Temo q ese muchacho, herido en su afecto...

HORTENSIA.—Nos defenderán; nos iremos de aquí en últi caso.

TERESITA.—Podéis equivocaros. Todos cometemos error Hay que contar con papá. Quizás él opine de diferente mane

DON ANTONIO.—¿Pedirle consejo a tu padre? Eso sí que ría bueno. Sería tanto como ir a pedir razón a una casa orates.

TERESITA.—Papá...

DON ANTONIO.—De modo que yo, que soy un hombre v jo, de experiencia, de carácter sentado, de vida morigera y decente, me equivoco; y tu padre, que hizo un dispara al casarse, otro al enamorarse de una casada; tu padre, q no se ocupa de nosotros ni nos escribe...

TERESITA.—Papa Antonio, había un proceso, le perseguía estaba huído: miedo de dejar rastros.

HORTENSIA.—Discúlpale... No nos quiere, no quiere a madre.

TERESITA.—Mamá, no te ha abandonado.

DON ANTONIO.—Bueno, basta. Eres una chiquilla. No s bes del mundo, ni el mundo te importa, puesto que renu cias a él. De modo que no te entrometas. ¡Tendría que v que yo no supiera lo que hago!

TERESITA.—Bien, sí. Perdóname, abuelito.

(Se oyen el motor y la bocina de un automóvil.)

RELETÚA.—El automóvil de don Arturo te llega con la s fiorita.

DON ANTONIO.—*(A mamá Hortensia.)* Ea, que no te so prenda gimoteando. Y tú, Teresita, vas a hacerme el favor reservar en lo sucesivo tus opiniones para tu fuero intern

TERESITA.—Lo que mandes, papá Antonio. No te enfade *(Le da un beso.)*

(Han entrado: MERCEDES, *con traje de montar a caball*

PA *y* CHICHITA, *muchachas de distintas edades, pero de nos de veinte años, y* DON ARTURO, *viejo atildadísimo.* RCEDES *se distingue por su silueta moderna.* DON ARTURO, *ve que procura, con las artes cosméticas y las del sastre, mbatir los estragos de la edad.)*

MERCEDES.—Nous sommes arrivés!

CHICHITA.—¡Felices, vecinitos!...

PEPA.—¡Buenísimas!

(Saludos, besos, etc.)

DON ARTURO.—¿Cómo vamos desde ayer, querido don Antonio?

DON ANTONIO.—Tirando, tirando...

DON ARTURO.—¿Y la carísima mamá Hortensia?

HORTENSIA.—Yo ni tirando siquiera... Estoy muy pachucha... El mejor día se para el reloj, y adiós.

MERCEDES.—Será el peor día, mamá Hortensia.

DON ARTURO.—Siempre tan aprensiva... Vamos, vamos, no queje usted...

MERCEDES.—No conseguirá usted nada, no la predique.

HORTENSIA.—¡Tengo tantas enfermedades!

TERESITA.—No tiene más que una: aprensión.

MERCEDES.—Tiene otra.

HORTENSIA.—¿Cuál?

MERCEDES.—Neurastenia. Y ya saben ustedes lo que es la eurastenia: una enfermedad que padecen los que rodean enfermo.

TERESITA.—¡Mercedes!

HORTENSIA.—Déjala, déjala; que se burle...; es una descasdota; sale a su padre.

MERCEDES.—Es que papá...

TERESITA.—*(Cortando la cuestión.)* Bueno, basta. Merceditas, has propasado. Mamá Hortensia, ¿no te hará daño el frescillo que corre? Viene mucha brisa del mar.

HORTENSIA.—Sí, sí; me meteré dentro. Enciende la estufa léctrica. Y no me vendría mal una tacita de algo.

TERESITA.—*(Llevándola abrazada.)* Sí, sí, mamá; tú no haas caso a Merceditas. Hay que cuidarte... Ven, ven conmigo.

PEPA.—¿No vuelves? Tenemos una burrada de cosas que conarte.

TERESITA.—Me quedo dentro un ratito con mamá Hortensia, haciéndola compañía. La verdad, las burradas no me seduen mucho... Pero ya saldré. Diviértanse ustedes... Vamos, vanos, mamá... Hasta luego.

HORTENSIA.—Con su permiso... Volveré a despedirme.

DON ARTURO.—No faltaba más, señora.

LAS MUCHACHAS.—Hasta luego, mamá Hortensia, hasta luego.

(Entran mamá Hortensia haciéndose la enferma, y Tere-sita, ayudándola. Papá Antonio está algo alejado, sentado en uno de los sillones de mimbre, pensativo.)

PEPA.—¡Tu hermana me está largando siempre unas indirectas!

MERCEDES.—No la hagas caso; ya sabes que es el padre Ri-palda con horquillas.

PEPA.—Ya, ya. A mí me dice que soy frívola, demasiado frívola, y a saber si ella no tendrá otro defecto. Porque nuestra edad todas venimos a ser lo mismo. Sólo que a ella le gusta aparentar seriedad. Y por eso siempre anda vestida de negro, para imponer respeto. A lo mejor viste así por lo que muchas beatas: porque el negro la sienta mejor.

CHICHITA.—¡Azúcar! *(Siguen hablando entre ellas.)*

DON ARTURO.—*(A don Antonio.)* Perdone si hemos venido un poquito tarde. Mercedes, después de montar en el concurso hípico, quiso llegarse hasta Bayona.

DON ANTONIO.—¿No quieren ustedes tomar el té? Mercedes, hija, llama a Hipólita.

CHICHITA.—No se moleste, no; ya le hemos tomado en Bayona.

DON ARTURO.—Sí, en los soportales.

MERCEDITAS.—Va gente muy *chic*. Todos españoles.

PEPA.—¡Ay, hija, da gusto ir a Biarritz y a Bayona, porque no tienes que hablar francés! En cambio, en San Sebastián todas nos las damos de parisinas, y venga el *bulevar* y *ú alé vú*, y *coman vu porte vu*, y esto es *la mer*.

CHICHITA.—¡Azúcar!

MERCEDES.—Pues sí; ahora a los franceses de por aquí les ha dado por nuestro idioma. Y que resulta lo más elegante el español hablado por franceses.

CHICHITA.—Te diré: pronuncian unas erres que parece que están mascando clavos. No pueden manejar nuestra lengua.

PEPA.—¡Azúcar! No siempre lo vas a decir tú.

DON ANTONIO.—¡Estas niñas, estas niñas!... Lucen el ingenio, pero... pero...

MERCEDES.—Papá Antonio, no te molestes. Las reconvenciones, a cargo de Teresita.

DON ANTONIO.—Bien, bien... ¿A quién han visto ustedes en Bayona? ¿Muchos conocidos?

MERCEDES.—A los de Nacarino. Estaban en la mesa de al lado.

CHICHITA.—Y muy acaramelados.

PEPA.—Está en franca decadencia esa mujer. Ya le gusta el marido.

DON ARTURO.—Como es su obligación.

N ANTONIO.—Obligación sagrada.
RCEDES.—Sí, pero como han dado tanto que hablar...
N ANTONIO.—Tanto que hablar a mocosas como vosotras, ya opináis de todo así, sin ton ni son, y no os paráis en
IS.
ICHITA.—Claro que es muy explicable que su esposo le de. A mí me pasaría lo mismo.
PA.—Si se me permite una objeción.
RCEDES.— *(Aparte.)* ¡Cuidado con lo que vas a decir; el lo está moscas tres!
PA.—No se asusten ustedes. ¿A que me han tomado por *nfán terrible*?... ¿Lo ven? Como estamos en San Sebas. ya hablamos francés.
N ANTONIO.—Bueno, dinos, diablillo.
PA.—Pues yo encuentro natural que a la de Nacarino usted Nacarino, porque ya ha cumplido él los cincuenta nco años.
N ANTONIO.—¿Cómo?
N ARTURO.—Es interesante. A ver, a ver...
PA.—Sí. Ahora se estilan los hombres mayores de cinta años. Antes, el tipo era el adolescente romántico: poca , palidez... Un niño, un verdadero niño que parecía un niña. En cuanto un muchacho se afeitaba, perdía perlidad, se quedaba *fané*. Después vino la moda del deporte. Este iba siempre con muchos pedazos de carne al aire; piernas, el descote, los brazos... Y los nadadores no diga. Tipo muscular, recio, con mucho cogote.
ICHITA.—Y esta moda de ahora, la de los hombres fores, ¿a qué se debe?
PA.—A que se han agotado las existencias de hombres. guerra barrió la juventud. Sólo queda lo que llamaban Francia los territoriales. Así es que hoy un hombre de uenta a sesenta años, está en su punto. ¡Como no pode esperar a que crezca la otra generación!
N ANTONIO.—Muy original, pero no me convence.
N ARTURO.—Hay otras modas que nunca pasan. Un hom aparte de la edad, vale por su corazón y por su talento.
PA.—Hablaba en términos generales. Describía el figurín nombre que hoy se lleva. Y es que dicen que hoy cada bre toca a unas quince mujeres.
ERCEDES.—Quiere decir que esa es la proporción. De modo con quince, le corresponden trece más que lo que se acostumbraba.
ICHITA.—No serán tantas.
ERCEDES.—Siempre se exagera.
PA.—Sí; yo he averiguado que no hay tantas mujeres.

Habrá cinco o seis para cada hombre. Las demás no mujeres: son feministas.

DON ANTONIO.—Feministas de pelo corto.

DON ARTURO.—Y de traje corto.

DON ANTONIO.—Y tan corto. El otro día me contaron en un banquete diplomático se sentó una señora enfrente uno de esos moscones, de uno de esos que juegan al *fle flirt*, o como se pronuncie. A los postres, le dijo la seño "Estoy enojada con usted porque es poco galante. Lleva dos horas de conversación, y no me ha dicho nada de traje..." "Perdón, señora—respondió él—; pero ¿dónde el traje?"

PEPA.—¡Si vamos a exagerar!...

DON ARTURO.—Pero eso da idea de las costumbres... la verdad, no transijo mucho con las de ahora.

CHICHITA.—¿Pues cómo concibe usted a la mujer casa

DON ARTURO.—Como antes.

CHICHITA.—¿Como mamá Hortensia?

DON ARTURO.—Sí.

MERCEDES.—Pero con menos enfermedades.

DON ANTONIO.—Déjanos alguna manía a los viejos. La tu abuela es inofensiva.

TERESITA.—*(Apareciendo.)* Mamá se ha quedado traspu ta. Perdonen que no venga a despedirles.

DON ARTURO.—¡Por Dios!... Ya nos hacemos cargo... Aj te de que ya me voy. Tengo que tratar de negocios en el tel. He citado gente.

TERESITA.—Los negocios siempre. ¿No le basta a us con el dineral que tiene?

DON ARTURO.—Son mi vida. No sabría estar ocioso.

DON ANTONIO.—Descanse, hombre, descanse.

DON ARTURO.—No me es posible. Mañana quizás tenga irme al Havre. Esa línea de turismo que quiero estable me trae muy preocupado.

MERCEDES.—¿Se va usted a Francia?

DON ARTURO.—¿Quieren venir? Llegaremos hasta París, pués de estar en el Havre unas horas.

TERESITA.—Por mi parte, se lo agradezco, pero renuncio

CHICHITA.—¿Va usted en automóvil?

DON ARTURO.—Sí.

PEPA.—Naturalmente; con ese ocho cilindros en línea va al fin del mundo.

MERCEDES.—Es una cama que vuela.

PEPA.—Bonita frase para un anuncio.

DON ARTURO.—Bueno, ¿se animan? Dos días en París. ¿H voluntarias?

RCEDES.—Yo espero aquí.
ICHITA.—Nosotras vamos a ir con la familia un día de
. Plan doméstico. No podemos pasar en las compras de
sombreros.
PA.—¿Una semanita de correría con usted? No nos de-
n. Si fuera con un joven. Pero usted es peligroso: está
l edad de moda.
N ARTURO.—No sé si agradecerlo.
RESITA.—No le haga caso.
ICHITA.—Bien; vámonos, que si no, Teresita se enfada.
RESITA.—Yo no me enfado. Lo que sí querría es que
rais más juicio.
PA.—Adiós, Mercedes, Teresa, don Arturo y don Antonio.
ICHITA.—Avísenos, don Antonio, si hay machón esta no-
En casa nos aburrimos como ostras. Si no llegamos a
con unos vecinos tan simpáticos...
ON ANTONIO.—Muchas gracias. Vosotras sí que nos hacéis
dable la vida.
PA.—Gracias, don Arturo, y *au revoir*.
ON ARTURO.—A sus pies. *(Besos, apretones de manos. Se*
) De estas chicas de hoy en día no sabe uno qué pensar.
RESITA.—Sí que lo sabe uno, pero se lo calla.
ON ARTURO.—A saber lo que pensarán ellas de nosotros...,
lo callarán también.
ERCEDES.—Yo me considero chica de hoy, y no pienso nada
. Y en cuanto a callarme si lo pensara, nada de eso. Pa-
mos más atrevidas, precisamente, porque pensamos en voz
; porque decimos lo que antes se callaba hipócritamente.
ERESITA.—No todo es hipocresía. A veces lo que tú lla-
hipocresía yo le llamo buena educación.
ON ANTONIO.—No disputéis. Nosotros no vamos a arreglar
undo.
ON ARTURO.—Yo siempre votaré por Merceditas. *(Aparte,*
la.) Es usted mi corazón; y como usted es tan joven, ten-
el corazón joven.
ERCEDES.—Muy fino. *(Le extiende la mano.)*
ON ARTURO.—¿Puedo atreverme a besarla? *(Por la mano.)*
ERCEDES.—Es la primera vez que oigo a un caballero pre-
tar: "¿Puedo ser atrevido?" Si yo le doy permiso, ¿dónde
i el atrevimiento?
ON ARTURO.—En todo es usted encantadora. *(Le besa la*
no.)
ERESITA.—Papá Antonio, tú también debías irte dentro.
refrescado mucho la tarde.
ON ANTONIO.—Allá voy. Felices, Arturo.

DON ARTURO.—Hasta siempre. *(Se estrechan la mano.)* ...esita... *(Nuevo saludo. Don Arturo se entra.)*

TERESITA.—Que no corra usted mucho en ese endiabl... coche.

DON ARTURO.—No hay cuidado. Me protege un ángel. *(Se dice por Mercedes. Se inclina, y se va.)*

TERESITA.—¿Un ángel tú? ¡Qué bien disfrazado!

MERCEDES.—Bueno, sermones no; hasta luego.

TERESITA.—Espera, tenemos que hablar. Por eso he he... que papá Antonio entrara en casa.

MERCEDES.—¿Qué ocurre?

TERESITA.—Sabrás que Leonardo ha estado aquí.

MERCEDES.—*(Sentándose, cruzando las piernas.)* Me lo ... ponía. Le he visto desde el auto. Y él me vió a mí. *(Se r...* Puso una cara...

TERESA.—*(Con gravedad.)* Y eso, todo eso... ¿te da ri... A mí, no sé... Yo no he sido nunca novia de nadie..., p... vamos, en un caso así... Yo... yo me habría ocultado en ... fondo del coche para que no me viera.

MERCEDES.—No necesitaré decirte que no le grité "¡Ad... Leonardo!", porque Arturo venía conmigo... Así y todo ... las compuse para hacerle una seña de simpatía.

TERESITA.—*(Ingenua.)* No te entiendo... ¿Una seña de s... patía?

MERCEDES.—Sí, mujer. Una sonrisa, un gesto, algo... P... que el muy tonto comprenda que no debe ponerse así.

TERESITA.—Sigo sin entenderte. Leonardo está indigna... furioso.

MERCEDES.—Ya lo sé. En trágico; ve la vida en trágico. ... es una verdadera lástima. *(Saca un cigarrillo y lo encien... Fuma.)* Con lo simpático que es...

TERESITA.—Ante todo, tira ese cigarro...

MERCEDES.—¡Amos, anda!... Fumar no es pecado. No inv... tes tú ahora que es pecado.

TERESITA.—Lo es. Toda mujer que imita al hombre en s... costumbres y en sus modales, peca...

MERCEDES.—*(Lanzando una bocanada de humo.)* Pues ... quemos...

TERESITA.—Eres... Eres... *(No encuentra la palabra.)* Si... te mucha lástima de ti...

MERCEDES.—Te lo agradezco.

TERESITA.—¿Cómo siendo hermanas somos tan distintas?

MERCEDES.—Pues sí que sería divertido el mundo si todos n... pareciésemos; si tener una docena de hijos, pongo por ca... fuera como comprar una docena de cuchillos... Se te ocu... cada tontería, Teresa...

TERESITA.—*(Sin hacerla caso.)* Escucha, Merceditas... Si tú
) hubiéramos tenido siempre a nuestra madre... ¡Pensar que
no me acuerdo de mamá! ¿Tú no piensas nunca en mamá?
MERCEDES.—Sí pienso... y la recuerdo. Erá guapísima. ¿Ele-
te? No sé... Con aquellas modas... Además, los retratos...
TERESITA.—Pero los retratos no hablan. ¿Tú te acuerdas de
oz de mamá?
MERCEDES.—No. *(Pausa.)*
TERESITA.—Y de papá, ¿te acuerdas?
MERCEDES.—Más que de mamá. Pero, de los dos, vagamente.
qué vienen todas esas preguntas? No sé cómo te las compo-
, pero me transmites algo de tristeza.
TERESITA.—Quisiera que fueses de otro modo.
MERCEDES.—*(Levantándose.)* Eso no, ¿sabes? Yo no intento
cambies de ideas. Déjame tú a mí con las mías. A ti te gus-
a religión; supones que serás feliz en el convento y te vas al
vento. Admirable. A mí me gusta vivir bien, sin que me
e nada de lo superfluo, que es lo más necesario, y me dis-
go a hacerlo.
TERESITA.—Es que te faltará lo principal, Mercedes: el amor.
MERCEDES.—¿No renuncias tú a él?
TERESITA.—Aspiro al mayor de todos. Voy a Jesús enamo-
a...
MERCEDES.—Ya. Y yo no lo estoy de Arturo... Claro que no lo
oy, no faltaría más. Pero hija, ¿quién te ha dicho que sea el
or la primera materia del matrimonio?
TERESITA.—Debería serlo.
MERCEDES.—Pues no lo es. A mí, Arturo no me desagrada;
á un buen marido... ¿Tú me aconsejarías que rompiera
l él y me casara con Leonardo?
TERESITA.—Me atrevería a aconsejarte lo primero: no ca-
te con un hombre tan viejo.
MERCEDES.—¡Tan viejo! Ojalá no tuviera sesenta, sino
enta...
TERESITA.—¿Por qué?
MERCEDES.—Por nada. *(Sonrisa maliciosa.)*
TERESITA.—¡Para enviudar antes! *(Uniendo las manos.)* Je-
s, perdónala... ¿De modo que tú te casas con la esperanza,
l la idea de enviudar pronto? Entonces no es que seas frívo-
eres mala, eres...
MERCEDES.—Soy una mujer, y no una momia como tú. Quiero
vir y... déjame hacerlo a mi manera. No eres tú nadie para
prenderme ni aconsejarme.
TERESITA.—No quiero que discutamos. Pero he de decirte
e deberías hablar con Leonardo.

MERCEDES.—*(Enigmática.)* ¿Leonardo y yo? Ya hemos h blado. Ya volveremos a hablar.

TERESITA.—¿Dónde? Aquí sería difícil, y en la calle no est ría bien, dadas tus relaciones con don Arturo.

MERCEDES.—*(Riéndose.)* No hagas planes, mujer. Leonardo yo nos veremos..., más tarde, dentro de unos meses, a n vuelta del viaje de novios...

TERESITA.—*(Ingenua.)* Entonces no podréis. Tu marido n aprobará que os visite.

MERCEDES.—Mi marido... Tienes razón. Ya procuraré yo qu mi marido no asista a mis conversaciones con Leonardo.

TERESITA.—*(Ofuscada.)* No comprendo bien...

MERCEDES.—Pues déjalo, tonta. ¿Qué falta te hace? *(Soñ dora.)* Arturo me conviene, Leonardo me gusta...

TERESITA.—*(Nerviosa.)* Sí, ya comprendo; es decir, sospech algo abominable. Y eso no, Mercedes; eso no... Soy capaz d decírselo a don Arturo; soy capaz...

MERCEDES.—Necia. Atrévete. Arturo no ve más que por mi ojos. Y las palabras se las lleva el viento.

TERESITA.—No puedo seguir mirándote ni oyéndote. Me da miedo; me asustas. Voy a rezar por ti. *(Se va enjugándose un lágrima.)*

MERCEDES.—*(Sola.)* ¡Miren la beata! *(Se sienta; se pasa l borla de polvos, se da rojo en los labios, se mira en su espe jito, etc.)*

(Entra de la calle ANTOÑITO. *Elegante traje de viaje, sombr ro cobwoy. Sonríe. Es simpático desde el primer momento.)*

ANTOÑITO.— *(Saludando muy finamente.)* Buenas tardes, se ñorita.

MERCEDES.—*(Incorporándose.)* Caballero...

ANTOÑITO.—¿Es usted la señorita de Falcón?

MERCEDES.—Según por la que usted pregunte. Somos dos.

ANTOÑITO.—Es cierto. ¿Y usted es... Merceditas?

MERCEDES.—Yo soy Mercedes. Pero no me explico...

ANTOÑITO.—¡Pues toma, para que te lo expliques! ¡Rica, pre ciosa mía! *(La abraza, la besa. A los gritos de Mercedes sal* TERESITA.*)*

MERCEDES.—¡Ay, ay! Teresita, este hombre...

ANTOÑITO.—¡Ah, esta es Teresita! *(Abrazos y besos a Teresi ta. Nuevos piropos.)*

MERCEDES.—*(Gritando.)* ¡Papá Antonio!... ¡Reletúa!... *(Co malicia.)* Bueno, por el buen parecer... Es un fresco, pero sim pático. *(Entran todos.)*

TERESITA.—¡Socorro! ¡Socorro!

RELETÚA.—¿Qué haséis?

HIPÓLITA.—¡Un loco!

ANTOÑITO.—¡Ja, ja! ¡Están divinas!

HORTENSIA.—Hijas, venid. Retiraos.

DON ANTONIO.—*(A Antoñito.)* ¿Quién es usted?

ANTOÑITO.—*(Abrazándole.)* Adivínalo...

HORTENSIA.—*(En un grito del instinto materno.)* ¡Mi hijo!... Antoñito!... *(Medio se desmaya. Antoñito la abraza, la sostiene, la besa, la coloca blandamente en uno de los sillones del·imbre.)*

ANTOÑITO.—Soy yo, mamá. Quise daros la sorpresa.

DON ANTONIO.—Pudiste poner un cable...

ANTOÑITO.—Pero no lo puse.

HIPÓLITA.—¡Qué cambiado viene!

RELETÚA.—¡Calléis!...

ANTOÑITO.—¿Callar? ¿Por qué? ¡Hola, Hipólita! ¡Qué tal, gran eletúa? *(Les da la mano.)* Sí que vengo cambiado... Sólo amá me conoció. Pero a ver, vosotras, mis hijas, ¿me encon-áis viejo?

MERCEDES.—*(Mirándolo de arriba abajo como a un muchacho n las carreras o en el golf.)* Estás bien, sobre todo de línea. Jugarás al tennis?...

ANTOÑITO.—Juego a todos los juegos. Y tú, ¿cómo me encuenras, Teresita?

TERESITA.—Todavía no te veo bien, papá. No sé que tengo en os ojos.

ANTOÑITO.—Lágrimas, hija mía. *(Abrazándola con gran ternura.)* ¿Qué has de tener? Lágrimas de alegría... Pero en cuano te las seques, mira. *(El mismo la enjuga el llanto.)* Me verás omo soy. *(Dirigiéndose a todos.)* ¡No vuelvo más viejo, sino nás joven!...

MERCEDES.—Y tú, papá, ¿cómo nos encuentras a nosotras?

ANTOÑITO.—*(Mirándoles a todos.)* Así, de repente, bien. Tú..., Por qué sois tan distintas tú y tu hermana?

DON ANTONIO.—*(Tomándole de un brazo.)* Vamos adentro.

ANTOÑITO.—Sí, venga usted, mamá. *(La toma del otro brazo.)* Reletúa, gran Reletúa, ve sacando el equipaje del auto.

HORTENSIA.—Hijo, déjame que te mire; déjame que me sacie le verte.

ANTOÑITO.—Sí, mamasita, sí. *(Van entrando.)*

MERCEDES.—Me he quedado de una pieza. Es una cosa de cine.

TERESITA.—¡Dios le ha traído!

(Reletúa viene con una maleta y encuentra la última a Hipólita.)

RELETÚA.—¡Sú!

HIPÓLITA.—¿Qué pasa?

RELETÚA.—Agradeserte. Los dose credos ya sirvieron como si resao yo mismo los habría.

HIPÓLITA.—Dios quiera que salga todo con bien y la c vuelva a ser lo que era.

RELETÚA.—Adentro, pues. Veas qué quiere el señorito. *(A rece* ANTOÑITO *a la puerta.)*

ANTOÑITO.—Vascote, dame la maleta de mano, que tengo sacar unos papeles.

RELETÚA.—Entréis. *(Hipólita se mete en la casa.)* Para po desirle echó a la mujer.

ANTOÑITO.—¿Para poder decirme?

RELETÚA.—Sí. El aitona, a la mayor, la casa con un vi Más viejo te es, ¡me cas!...

ANTOÑITO.—¿Qué más?

RELETÚA.—La pequeña, el capricho de meterse a monja ya tiene.

ANTOÑITO.—Bien, vascote. Pues ya veremos.

RELETÚA.—El aitona, que padre tuyo es, berequicoamo mucha, mucha te tiene. A torser no te dará el braso.

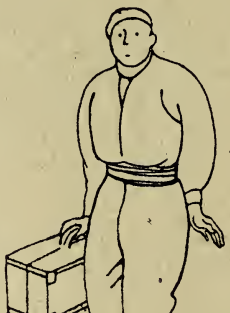
ANTOÑITO.—¿Beré qui...? ¿Qué?

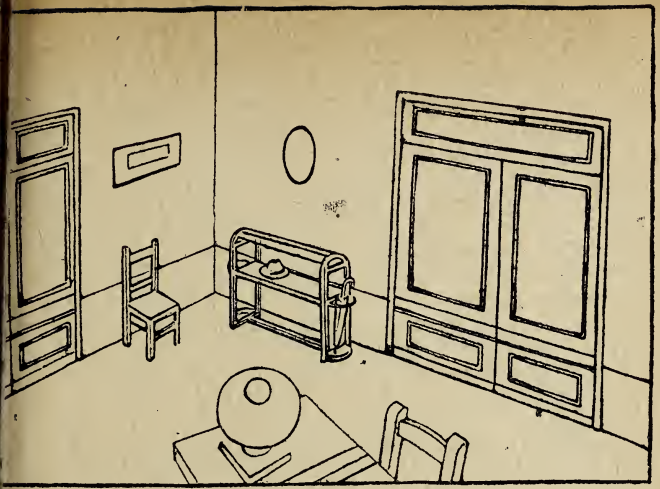
RELETÚA.—El amor propio. Pero tú aprieta.

ANTOÑITO.—Dame. *(Toma la maleta.)* Y no tengas cuida que yo también tengo berequicomoretecochea. *(Rie.)* ¡Lindo canazo, que diría un argentino! *(Entra riendo.)*

RELETÚA.—*(Solo, mirando al cielo.)* Sú, Jangoicoa, si é arregla casa, hábito te volverá a llevar mi mujer un año. bito te llevará, te prometo.

TELON





ACTO SEGUNDO

el "hall" del hotel de DON ANTONIO. Las once de la mañana. Se tra de la calle por la izquierda. Al fondo, ancha puerta de cristal, que conduce al comedor. Ha pasado una semana desde el primer acto.

MERCEDES, sola. En seguida, TERESITA.

(MERCEDES *saca de un armarito un saco de viaje; lo abre, vuelve, registra, toma unos papeles, un libro, un retrato. Parece gozar con su descubrimiento. Entra* TERESITA.)

TERESITA.—Merceditas, ¿qué haces?

MERCEDES.—Ya lo ves: curiosear. Ayúdame.

TERESITA.—¿Yo ayudarte? Hazme el favor de volver todo a su tio.

MERCEDES.—*(Sin hacerle caso.)* Mira qué retrato...

TERESITA.—No.

MERCEDES.—*(Contemplando el retrato.)* ¿Quién será ésta? No ay dedicatoria. No dice más que Chon. ¿Qué significará Chon? n nombrecito amoroso. Y fíjate, no está mal.

TERESITA.—No me importa. No sigas registrando. Sien es una mala acción sorprender los secretos del prójimo. I figúrate los del padre... Un sacrilegio...

MERCEDES.—Mira. Un libro. *La Sagrada Biblia.* Toma; te pondrá contenta. Papá lee la *Biblia*... ¡Es mucho papá!

TERESITA.—*(Tomando la Biblia de bolsillo.)* Bueno. *(A amansada.)* Ponla en su sitio.

MERCEDES.—*(Saca un álbum de una revista argentina. sando las hojas.)* ¡Hay que ver qué cantidad de mujeres pas y de piernas bonitas! Esta *(Aproximándose a Teresit señalando con el dedo una de las figuras.)* las tiene como *(Se sube la falda y se mira las piernas.)*

TERESITA.—*(Le vuelve la espalda, enfadada.)* Eres una l

MERCEDES.—*(Dejando el álbum, con los otros papeles y retrato, sobre la mesa, en la que ha puesto el maletín, co nia alegremente su registro. Saca una cotelera.)* Oye, ¿qué será esto? Mira, mujer, que no es nada malo...

TERESITA.—No sé.

MERCEDES.—¡Ah, ya caigo! De pronto creí que era una c tera rusa, sin el mango. Pero no... ¿Sabes lo que es esto? *parando las dos mitades.)* Una cotelera... Sí, mujer, un a rato para hacer cóteles. Claro, tú nunca has tomado un cót No sabes lo que te pierdes. ¿Habrá sido barman papá? ¡An ¿Y este gorro de *clown*? *(Se lo pone.)* ¿Habrá sido pa so papá?

TERESITA.—*(Tomando el ejemplar de la Biblia.)* Los Ev gelios... ¿Será bueno papá?

MERCEDES.—¿Bueno? Según lo que entiendas por bueno... ro simpático, y elegante, y alegre... A mí no me parece mi pad

TERESITA.—A mí, sí. Le encuentro simpático, como tú; p me doy cuenta de que es mi padre, y le respeto.

MERCEDES.—Yo no... Y cuando la gente se figura que no mi padre, la gozo, es que la gozo. ¡He dado ya cada chas ¿Y lo que él se ríe? ¡Si yo encontrara un novio así!

TERESITA.—Leonardo es así.

MERCEDES.—¿Tú crees? Quizás con un poquito de aleg fuese perfecto. ¿O serán más interesantes los hombres trist Ahora caigo en ello. Tienes el privilegio de preocuparme

TERESITA.—Eso es lo que te hace falta. Preocuparte pensar.

MERCEDES.—Salgo a papá.

TERESITA.—Es cierto; papá no se mete en nada. Si se o pase de nosotras, ¿crees que no hubiera deshecho tu boda don Arturo?

MERCEDES.—A papá ya le tengo estudiado. No le importa de los demás. Dejará que cada uno haga lo que se le anto

mo él lo hizo. Y si papá se negase a que yo me casara, tam
én podría oponerse a tu monjío...

TERESITA.—Claro que puede oponerse, por egoísmo, por ca-
ño paternal; pero yo creo que le convencería... Mientras
ie a lo tuyo tiene que oponerse por otras razones... Con las
eas que tú tienes y los planes que acaricias, no vas para
ujer honrada... Eso sin hablar de tu condenación...

MERCEDES.—¡Mi condenación! Tú te encargarías de evitar-
.... Además, al tiempo... Todavía no me he casado. Y a mí
. que me preocupa no soy yo *(tomando el retrato)*, sino ésta...
ta... Mírala, mujer.

(Le pone el retrato delante de los ojos. Instintivamente,
eresa lo coge, lo mira; luego lo devuelve, como avergonzada
e su curiosidad.)

TERESITA.—No está delicado. Lo más probable es que esta
eñora no tenga ninguna relación con papá. Puede ser una
rtista... Papá compró su fotografía y, en broma, le puso
se nombre que no significa nada: *Chon*.

MERCEDES.—Estás fresca. No puede ser más significativo:
ignifica que esta señora oculta su verdadero nombre... La
etra es de mujer, fíjate... *Chon* lo ha puesto ella misma...
hon y papá..., ¿comprendes?... *(Ante un "no" mudo de Te-*
esa.) Sí, de sobra, pero haces como si no... *Chon* y papá...

TERESITA.—*(Regañándola.)* Suposiciones tuyas. Novelerías.

MERCEDES.—Tenía todo encerrado, pero olvidó el llavero en
a mesilla de noche.

TERESITA.—¿Y tú?

MERCEDES.—Yo cogí el llavero... Obedecí al destino. Cada
ez que alguien olvida una llave, una carta o un pañuelo, es
ara que llegue detrás otro y averigüe algo. El destino, que
s un "métome en todo". dispuso que papá olvidase el llave-
o para que yo descubriese a *Chon*. Ya sabemos a qué ate-
ernos: la amiga de nuestro padre se llama *Chon*.

TERESITA.—No puedo resistir más tiempo tus palabras. *(Le-*
antándose.) Trae acá todo eso... *(Con energía vuelve todos*
os objetos al maletín. Merceditas la ayuda, dando señales de
uen humor.)

MERCEDES.—Toma la cotelera... Tonta, ¿por qué no te guar-
das la *Biblia?* Es un ejemplar magnífico... Cuidado que tiene
gracia este gorro... *(A todo esto, las cuatro manos revuelven*
en el saco.) ¡Ah! ¿Qué es esto? *(Alejándose de Teresita con*
un paquete de cartas en la mano.) Cartas. Cartas de amor, se-
guramente...

TERESITA.—O de negocios. Tráelas acá en seguida...

MERCEDES.—*(Intenta leer una.)* ¡Qué lástima! Están en
inglés... *My dear*... Eso y *knok-aut* es lo único que sé decir

en inglés... *My dear Antony*... Mi querido Antonio... Pero sé más... ¡Ah, sí!... *Love*..., *live*... Esto quiere decir am *(Se guarda las cartas en el pecho)*

TERESITA.—¿Qué haces? Dame en seguida esas cartas...

MERCEDES.—¡Quiá! Me las traducirá Pepa, que se ha e cado en Inglaterra...

TERESITA.—Que no se habrá educado en ninguna parte si las traduce... ¡Qué vergüenza, señor! ¡Qué vergüenza! No, no puedo permitir..., no sólo el hecho de apoderarte de las c tas, sino que en las cartas puede haber ciertos pasajes que Pepa ni tú...

MERCEDES.—Descuida. Pepa y yo no nos asustamos de na Teóricamente estamos al corriente de todo...

TERESITA.—Me sonroja oírte hablar. No encuentro palabr Me asustas... *(Con brusca transición.)* Dame las cartas.

MERCEDES.—No. *(Toma el maletín, lo cierra, lo mete en armario, se vuelve hacia Teresita.)* ¡No, no y no! *(Sale* D ANTONIO.)

DON ANTONIO.—Acabo de escuchar tres nos rotundos co tres pelotazos. Riñendo siempre. Y con la falta que hace q estuvierais de acuerdo. ¿Por qué reñíais?

MERCEDES.—Por nada. Cosas nuestras.

DON ANTONIO.—Cosas vuestras. Las que a mí me tienen n vioso y... como descentrado desde que llegó Antoñito. An las resolvía yo solo...

MERCEDES.—¡Pero si papá no ha dicho esta boca es mía!..

DON ANTONIO.—Querrás decir que no deja traslucir sus tenciones. Hace ocho días que llegó, y yo, que le observo, podría decir qué opina. No sé si es un taimado o un indifer te. No le conozco. Es mi hijo, pero no le conozco. A mí me rece que piensa en inglés o que no piensa... En fin, lo me será que no se meta en nada. Que deje a las cosas seguir rumbo que le habíamos dado. ¿No os parece?

MERCEDES.—*(Sin gran entusiasmo.)* Sí.

TERESITA.—Yo, papá Antonio, espero obtener el consentimi to de papá...

DON ANTONIO.—Se trata de obtener los dos: el tuyo y el ésta. *(Por Mercedes.)* Y para eso es preciso que los tres r unamos; que no pueda él advertir entré nosotros ninguna da. *(Con misterio.)* Sé que Leonardo ha escrito a Antoñito.

MERCEDES.—¡Ah!

DON ANTONIO.—Sé que se han visto.

MERCEDES.—¡Qué suerte tienes! Lo sabes todo. También brás lo que Leonardo le ha dicho a papá.

DON ANTONIO.—Desgraciadamente, no; pero me lo supon Leonardo no tiene más que un disco... Aquí lo malo, es decir,

me parece peligroso, es que Arturo no da la cara. Debería erse amigo de Antoñito...

ERESITA.—Es que le dará vergüenza. ¡Como papá podría ser hijo!...

ON ANTONIO.—Ya saliste tú.

ERCEDES.—No, algo hay de eso, papá Antonio. Yo le doy la ón a Teresita cuando la tiene. Yo me casaré con Arturo, a si me casaré; pero no admitiré nunca que papá sea el gro de mi marido... *(Con alegría.)* Aquí viene papá. *(Entra* LETÚA *precipitadamente.)*

LETÚA.—¡Que no le llaméis padre; hermano, sí! Así dise digáis, que hermano le llaméis.

ON ANTONIO.—¿Qué dice?

LETÚA.—Que como si hermano sería, contre. *(Entran* PEPA, ICHITA *y* ANTOÑITO *en traje de playa.)*

EPA.—Conste que nos trae vuestro hermano a la fuerza.

ERESITA.—¿Nuestro hermano?

NTOÑITO.—Sí, yo. *(Con un gesto les indica que sigan la far-* Todo se les volvía decir: "Es el hermano de Mercedes; es hermano de Teresita", para que yo lo oyera... Entonces me rqué... nadando y les invité a almorzar.

EPA.—¡Nos dió un susto!

HICHITA.—Tuvo la mar de gracia.

EPA.—A mí me entró un azoramiento...

ERCEDES.—¿Que te azoraste tú? ¡Caramba, caramba!

NTOÑITO.—Y concluí dándoles lecciones de natación. La s lista es usted. *(Por Chichita.)*

HICHITA.—¡Ay!

EPA.—No te ruborices, que eso no tiene nada de particular. die tiene la culpa de ser listo.

NTOÑITO.—Usted *(A Pepa)* está más atrasada; pero en dos as la pondré al corriente. Primero la enseñaré la flotación plancha, y en seguida la natural.

EPA.—No me enseñe usted a hacer planchas. Ya hago bastantes en mis conversaciones.

NTOÑITO.—Luego el *over armside stroke*...

EPA.—¿Y eso qué significa?

ON ANTONIO.—Seguramente nada.

NTOÑITO.—Sí, señor, significa... Yo he estudiado las costumbres de los indios de América. El *over armside stroke* consiste... *(Imita el movimiento de nadar de lado, con impulso de solo brazo.)*

ERCEDES.—No, aquí no, que nos salpicas. *(Todos ríen.)*

ON ANTONIO.—*(Mascullando.)* ¡Qué loco está!

ERESITA.—Pero explícanos cómo volvistels de la excursión

a Francia tan inopinadamente. No habéis venido a vernos nos hemos enterado.

PEPA.—Es verdad... Verás: hemos llegado esta mañana prano; estaríais durmiendo, y no hemos querido despert

CHICHITA.—Nosotras no teníamos sueño y nos hemos cho: ¿vámonos a la playa?

PEPA.—Y en la playa, a eso de las diez, hacia tanto c que nos hemos dicho: ¿vamos a bañarnos?

CHICHITA.—Y cuando estábamos en el agua hemos oído cir: "Ese muchacho es de la familia Falcón." Volvimos la beza y vimos a tu hermano.

ANTOÑITO.—Y entonces me dijeron: ¿vamos a entablar versación? Y la entablaron.

PEPA.—Es usted capaz de azorar...

TERESITA.—Hasta a Pepa.

MERCEDES.—Y ¿qué tal en Francia?

PEPA.—No fuimos a Francia. Hemos estado haciendo ex siones por la carretera de Bilbao: Zumaya, Guetaria, Du go... Es divino.

CHICHITA.—Los que están durmiendo son mi papá y la m de ésta.

PEPA.—Haz el favor de señalar mejor: el papá de ésta d me en su casa y mi mamá en la mía.

CHICHITA.—¡Se han cansado más! Por eso no habrán sado a saludaros.

PEPA.—*(A Teresa.)* Pero, ¿dónde estaba vuestro herma *(Teresa no responde.)*

CHICHITA.—*(A Mercedes.)* ¡Qué simpático es!

ANTOÑITO.—Bueno, ahora... Reletúa, tráeme unas bote que verás en mi cuarto y un poco de hielo picado. *(Sale R túa. Antoñito dice, llevándose un dedo a la frente.)* No si hacerles el Presidente Irigoyen o el Mary Piokford...

CHICHITA.—¿Qué dice?

PEPA.—¿El Presidente Irigoyen?

DON ANTONIO.—¡Cuánta incoherencia! ¿Te has vuelto lo

TERESITA.—*(Avergonzada.)* Vamos, explícate, papá... *(Mercedes ríe a carcajadas.)*

PEPA.—¿Cómo papá?

CHICHITA.—¿Has dicho papá?

PEPA.—¿Es vuestro padre?

ANTOÑITO.—Sí, señoritas, y discípulas mías. Soy el hijo ese señor que me mira severamente y el papá de estas nen El papá... Contemplen ustedes estas canas, estas profun arrugas. *(Imitando a un viejo.)* A ver, unas muletas, para caerme. *(Se apoya en los hombros de Pepa y de Chich Grandes risas.)*

PA.—*(A Teresa.)* Pudisteis haberlo dicho. ¡Qué plancha!
TOÑITO.—¿No va usted a aprender a hacerlas?
N ANTONIO.—Mi hijo es así; siempre de broma.
TOÑITO.—No de broma, sino de buen humor... Pase lo que de buen humor...
ICHITA.—Y ¿qué era eso del Presidente Irigoyen?
TOÑITO.—Un cótel de mi invención. Pero para señoritas más apropiado el Mary Pickford.
ERCEDES.—Aquí está Reletúa con los licores... *(Entra* RE-A.)
ELETÚA.—Pero sin el hielo.
NTOÑITO.—Pues corre a buscarlo... ¡Ah!, y avisa a Hipó- que prepare una gran comida para nosotros y tres invi-s. *(Sale Reletúa.)* A ver, la cotelera. ¿Dónde puse yo otelera? ¡Ah, sí! *(Se dirige al armarito.)* Pero las llaves, nde puse yo las llaves?
eresita mira a Mercedes con temor y reproche.)
ERCEDES.—*(Muy tranquila.)* ¿Será alguna de éstas? *(Ha-do sonar el llavero.)*
NTOÑITO.—Sí.
ERCEDES.—Las dejas olvidadas, y no conviene...
NTOÑITO.—Trae. *(Saca el maletín, lo abre maquinalmente, la cotelera, y se dirige al centro de la escena con la co-ra en alto.)* ¿Ven ustedes esta cotelera? Es de metal blan- Sirve para media docena de cótels. Me costó un dólar, un bazar. Ha sido mi "sésamo, ábrete" en Norteamérica.
ERESITA.—¿Cómo?
NTOÑITO.—Son mis aventuras.
EPA.—¿Aventuras? ¡Qué gusto!
ERCEDES.—Sí; cuéntanos, cuéntanos, papá.
ON ANTONIO.—A ver si son cosas que no pueden oír las ritas.
NTOÑITO.—Nada de eso, papá. Son lecciones de energía... buen humor. *Strugle for life*, la lucha por la vida. *(Como tando.)* ¡Caballeros y señoras, yo soy un luchador!
EPA.—Bueno, cuéntenoslo usted, pero sin música.
NTOÑITO.—Usted es de las mías... Buen humor, franqueza. s verán ustedes: en uno de los saltos mortales que yo he o, llegué a Nueva York. Quería cazar un negocio de ma-as. Pero ¿cómo me metía yo entre los propietarios de aque- bosques inmensos del Canadá? Pues me puse en combina-n con el dueño de una peluquería, e hice correr la voz de preparaba unos cóteles originalísimos, de quina y de co-ia. Licores que yo pasaba de contrabando con etiquetas de fumería. Así me hice camarada de los madereros y con-stó el negocio. Bueno, yo soy un virtuoso del cótel...

DON ANTONIO.—En algo habías de serlo.

ANTOÑITO.—*(Sentándose.)* Yo soy un virtuoso del cóte aplico a la vida la teoría del cótel: mezcla, perfume, ag ción, frescura en el paladar y, en seguida, un calorcillo i rior insinuante, una alegría ensoñadora... Pero Reletua llega con el hielo.

MERCEDES.—Habrá ido por él a Hernani.

PEPA.—*(A Mercedes.)* ¡Qué original es tu padre!

ANTOÑITO.—Originalísimo, señorita; pero sin afectación. serio, yo grave, me habría muerto de hambre; no porque gravedad y la seriedad no estén bien algunas veces, sino p que nunca me ha sido posible tomar la vida por lo dramáti sino por lo cómico...

DON ANTONIO.—No obstante, Antoñito, a veces, sin quer somos personajes de un drama...

ANTOÑITO.—Sin duda; pero por encima del drama está el rácter. Tú, por ejemplo, te ofuscas, te lamentas, tiemblas una situación dramática. Yo resuelvo la misma situac riéndome.

DON ANTONIO.—Yo preveo, adivino las consecuencias. T go la noción del futuro.

ANTOÑITO.—Y yo vivo al día, a la hora, al minuto...

DON ANTONIO.—Además, por algo nacimos hombres. H que ser varoniles, afrontarlo todo de frente, dar el pecho

ANTOÑITO.—Nada se arregla en la vida por la violencia lema de mi vida es un refrán indio: "Si tienes una ma suave y una voz risueña, dominarás un elefante."

MERCEDES.—¡Qué bonito!

DON ANTONIO.—¡Qué diferentes somos! ¡Qué misterio el la paternidad! De un padre sedentario y razonador, un h nómada e impulsivo.

ANTOÑITO.—Quizá por ser tú así soy yo lo contrario: p espíritu de protesta y de defensa. No he querido ser inú mente desgraciado como tú... *(Dándose cuenta de la desi sión de las muchachas.)* Pero estas señoritas se aburren. ¿ ves, papá? Señoritas, yo he sido clown, yo he sido películ yo he sido pastor protestante...

PEPA.—¡Ay, sí; cuéntenos todo lo que ha sido!

ANTOÑITO.—Yo he sido mozo de restaurante.

CHICHITA.—¿Mozo de restaurante?

ANTOÑITO.—Sí, señorita. Mozo de restaurante.

PEPA.—Sería en broma.

MERCEDES.—O por una apuesta.

TERESITA.—O... no sería... Papá inventa.

ANTOÑITO.—No invento, Teresita. Trazo mi biografía. F mozo de restaurante en esta forma... Pero antes déjenme q

explique que mi gran truco consiste en disfrazar las necesi-
es de excentricidades. Yo no pido jamás; siempre ofrezco.
ca se me ha ocurrido entrar en un sitio a buscar traba-
sino a ofrecer distracción. He explotado el aburrimiento
los hombres, he sido un fabricante de amenidad.

EPA.—Pero ¿cómo se metió a camarero? A mí no me han
raído nunca los camareros.

HICHITA.—Ni a mí.

NTOÑITO.—Yo andaba apurado, y, naturalmente, comía en
de los mejores restaurantes de Buenos Aires. El dueño
admiraba por mi desprendimiento de *gentleman*. Le hice
er que, por una apuesta en mi Club, serviría un mes, de
arero, en su casa. Y mandamos un anuncio a todos los
ódicos diciendo que un caballero español serviría durante
mes, por apuesta, en su restaurante.

EPA.—Es cosa de teatro.

ERCEDES.—¿Y tuviste éxito?

NTOÑITO.—Enorme. Toda la muchachada, españoles y ar-
tinos, se abonaron al restaurante... Y de mujeres, así... A
ocho días era socio del dueño.

ON ANTONIO.—*(A media voz.)* ¡Qué inventiva!

EPA.—Me habría hecho gracia que me sirviera usted.

NTOÑITO.—Pues si quiere, esa gracia se la haré a usted
go, en el comedor. ¿Y Reletúa? ¿A dónde habrá ido por
hielo?

ERCEDES.—Debe haber llegado ya a Bilbao.

HICHITA.—¿Y cómo se metió usted a clown?

NTOWITO.—Pues verán ustedes...

ERESITA.—Papá..., ya es bastante.

NTOÑITO.—¡Ah! ¿Creéis que es mentira? Os juro por lo más
rado para mí..., por vosotras *(las acaricia la cabeza, atra-
dolas hacia él)*, que es cierto... Y todo lo he hecho por
otras... Cuando me fuí de aquí huyendo de mi mala suerte,
dinero, a la ventura, una luz me guiaba en mi camino de
igrante... Mis hijas... ¡Que a ellas no les falte nada, que mi
rificio les sirva!... Así rezaba yo...

ERESITA.—*(Emocionada.)* ¡Papá!

ERCEDES.—¿Y crees que no te lo agradecemos?

ON ANTONIO.—Caso de que sea verdad lo que cuentas, pu-
de dedicarte a algo respetable con el mismo resultado.

NTOÑITO.—Con el mismo resultado, no, papá. Desgraciada-
nte la seriedad no se cotiza. ¡Alegría, alegría, fecundo ma-
ntial de vida... y de dinero! Un hombre a quien hacéis reír
vuestro esclavo... Así que del puerto me fuí a un cabaret y
gasté las cien pesetas en brillar, en aturdir, en enamorar.
día siguiente tenía la comida asegurada... Me convidaban;

se me disputaban... Era una cosa más importante que serio que genial: era simpático. ¡El simpático Antoñito! Amigos cos, negocios fáciles y lucrativos... Mis nenas podían dorm tranquilas allá en España en una alcoba bien caldeada, en u hogar defendido por mi risa, saludado desde lejos por mi gor de cascabeles.

DON ANTONIO.—Pero hay extremos; y de eso a llegar clown...

ANTOÑITO.—Otra de mis creaciones: la cena-clown. En Argentina yo modifiqué la cena a la norteamericana, bai entre plato y plato con la cena-clown. Cada uno de los comens les tenía que hacer por turno una payasada entre plato y plato Eso fué cuando puse otro restaurante con las ganancias del q tuve a medias. Aquí, en la vieja Europa, estas cosas son absu das. Allí, como en cada hombre hay un triunfador, un chiquil o un desesperado, las excentricidades caen bien con tal de q sean alegres y correctas. *(Aparece* RELETÚA *con el hielo.)*

DON ANTONIO.—¿Traes el hielo?

ANTOÑITO.—¿No se te ha derretido en el camino?

RELETÚA.—*(Palpando el paquete.)* Duro está entodavía. *(R sas.)*

ANTOÑITO.—Bueno, pues tráeme un poco, picado. *(Sale R letúa.)* Y ahora, señoritas; ahora, hijas mías, van ustedes dejarme solo

MERCEDES.—¿Por qué?

PEPA.—No, señor. Nosotras queríamos enterarnos.

ANTOÑITO.—Por eso precisamente, para que no se enteren mi secreto...

TERESITA.—¡Vaya, estábamos tan a gusto, y tener que ma charnos!...

PEPA.—Pero Teresita, ¿dices que estabas a gusto? ¡Si tu pa no *echaba* ningún sermón!

TERESITA.—Era un sermón a... su modo.

MERCEDES.—Yo voy a inventar otro cótel. A mí no me ia d tú: el "Cótel Antoñito".

ANTOÑITO.—Sí, hija, sí. Llámame siempre Antoñito. El d minutivo sirve para mucho. Cuando haces una cosa mal te disculpan porque no te dan bastante importancia, y cuando haces bien se agranda porque ¡como no te daban importancia!

TERESITA.—El diminutivo es cariño, papá... Es decir, A toñito...

ANTOÑITO.—Veo que os he conquistado, hijas mías.

MERCEDES.—Sí, pero no extiendas tus dominios fuera d umbral del hogar.

PEPA.—Nosotras no nos dejamos conquistar tan fácilment

CHICHITA.—Mercedes, que está loca. Y ahora que me acue

no hemos avisado en casa que nos quedábamos aquí a orzar. Vamos ahora, mientras hace usted su cótel; que- emos bien con papá y mamá.

EPA.—¡Y dale!... Con tu papá, coma, y con mi mamá, pun- Hasta hablando se te nota que no tienes ortografía. ¡Qué n de unir a los dos pobrecillos!

(RELETÚA *entrega el hielo picado y se va.)*

MERCEDES.—Vamos en un instante. Así los saludaremos.

TERESITA.—Yo os acompañaré también. No quiero sorpren- el secreto del cótel. Y quiero dar a tu papá y a tu mamá bienvenida.

ANTOÑITO.—Pues hasta luego... Y prepárense a ponerse un o *moscorras*, como dice Reletúa.

(*Mutis de las chicas. Aparece* DOÑA HORTENSIA.)

HORTENSIA.—Hijo mío, buenos días.

ANTOÑITO.—Felices, mamá, mi viejita, como dicen en el ta. *(La besa con ternura.)* Hoy tienes muy buena cara.

HORTENSIA.—Pues no me siento muy bien. El parche poro- me escuece.

ANTOÑITO.—¡Ah! ¿Pero te encuentras mal?

DON ANTONIO.—Nada de cuidado, nada.

HORTENSIA.—Me dió un poco de dolor aquí. *(Un costado.)* rá neuralgia. Ahora, con el calorcillo del parche, se me sa, aunque escueza. *(Se sienta y se pone a hacer labor. Una usa. Antoñito prepara los ingredientes para el cótel.)*

DON ANTONIO.—Supongo que podremos aprovechar el estar os para que hablemos seriamente.

ANTOÑITO.—Claramente, que no es lo mismo.

DON ANTONIO.—Has hecho preparar una comida para tres vitados, además de la familia. Un banquete enigmático... yo empiezo a cansarme de tus enigmas.

ANTOÑITO.—Es un banquete de esponsales. Hoy me piden hoy concedo la mano de mi hija Mercedes...

DON ANTONIO.—*(Radiante.)* Entonces ¿has visto a don Ar- ro? Y te has entendido con él... ¿Oyes, Hortensia? Antoñito s da la razón.

ANTOÑITO.—Papá *(Trasegando el cótel.)*, siento en el alma sminuir tu alegría; es posible, pero no seguro, que yo le nceda la mano de Merceditas a ese señor...

DON ANTONIO.—¿Qué quieres decir?

ANTOÑITO.—Que he citado aquí a don Arturo y a Leonar- o, y que los tres vamos a decidir quién será el marido de Merceditas...

DON ANTONIO.—Pero eso es una humorada, ¿qué digo?, na extravagancia. Lo que tú te propones no se ha hecho unca.

ANTOÑITO.—*(Moviendo el cótel.)* *Nihil novum.* Todo s hecho antes alguna vez.

DON ANTONIO.—¿Quieres poner en ridículo a don Art

ANTOÑITO.—O a Leonardo. A lo mejor, el más viejo e más joven.

DON ANTONIO.—No te comprendo... Hortensia: Antoñit nos ha vuelto loco.

HORTENSIA.—¡Jesús, Jesús!

ANTOÑITO.—No te asustes, mi vieja. Ya conoces las h bolas de papá. Así, a primera vista, dejándome llevar d lógica, a mí me parece Leonardo mejor que don Arturo marido de Merceditas. Es joven...

DON ANTONIO.—Pero es pobre. No tiene dos reales. No hacer nada.

ANTOÑITO.—Eso es una ventaja. Puede aprender a hac todo, como yo.

DON ANTONIO.—Tú posees espíritu aventurero. El, no. viene a casarse y a que le mantengamos. Un yerno parási

ANTOÑITO.—Suposiciones tuyas. Pero, en fin, hay otra c

DON ANTONIO.—¿Cuál?

ANTOÑITO.—El amor.

DON ANTONIO.—¿El...?

ANTOÑITO.—El amor. No pongas esa cara de desprecio. sin duda, lo has sentido, pero ya no lo recuerdas. No me traña. A mí, que soy más joven, también se me olvida a ces. Si Merceditas se casa con don Arturo, tiene que re ciar al amor o—te prometí hablar claro—buscarlo por c nos tortuosos. Si se casa con Leonardo, conocerá el amor.

DON ANTONIO.—Y el hambre.

ANTOÑITO.—Quizá. Tú hablas del hambre con el terror los que no la han pasado nunca. *(Refiriéndose al cótel.)* I ya está. *(Como la cosa más natural del mundo.)* Yo he sado hambre.

HORTENSIA.—*(Conmovida.)* ¡Pobre hijo!...

ANTOÑITO.—*(Acariciándola.)* No te apures, mamá. El h bre es una higiene algo ruda... Claro que no puede aplic sin interrupción.

HORTENSIA.—*(Acariciándole las manos.)* Antoñito... Y di dime, ¿te ha hablado tu padre de lo de Teresa?

ANTOÑITO.—He hablado con Teresita.

DON ANTONIO.—¿Y también te opones a su vocación?

ANTOÑITO.—Yo no me opongo a nada por sistema. En p cipio, respeto la vocación religiosa de Teresita. Todo el tiene una fe profunda, no sólo me inspira respeto, sino vidia. Yo habré sido peliculero, funámbulo, hombre de n

y mozo de restaurante; ¿quién no os dice que no me ha-
gustado ser santo?

DON ANTONIO.—*(Con desolación.)* Estamos peor que antes.
me inhibo. Te devuelvo la patria potestad sobre tus hijas,
a título moral y provisional ejercí durante tu ausencia.
bres hijas! Pero, en fin, allá tú, allá tú. Yo me lavo las
nos.

NTOÑITO.—*(Que las tiene pegajosas del cótel, metiéndo-
en el cubo del hielo.)* Y yo también.

Entran las cuatro muchachas: MERCEDES, TERESA, PEPA *y*
ICHITA.*)*

EPA.—Aquí estamos nosotras.

NTOÑITO.—Y aquí está el cótel. *(Sirve los vasos.)*

'ERESITA.—Me han dado recuerdos para vosotros mamá
rtensia y papá Antonio.

)ON ANTONIO.—*(Seco.)* Gracias.

IORTENSIA.—Luego pasaré a visitarlos.

ANTOÑITO.—Y para mí, ¿no os han dado recuerdos?

IERCEDES.—A ti no te conocen.

)ON ANTONIO.—Más vale así.

'ERESITA.—Papá Antonio, no digas eso. Papá, digo Antoñi-
gana tratado.

'EPA.—Ya lo creo que gana.

ANTOÑITO.—¿Verdad que sí? Fíjate el partido que tengo.
'o prueben el cótel.

CHICHITA.—No me atrevo; ¿se sube a la cabeza?

ANTOÑITO.—Sí, se sube a la cabeza; pero nos ponemos a
lar, y baja a los pies. ¡Reletúa!

'ERESITA.—¿Qué quieres?

(Todos van bebiendo.)

ANTOÑITO.—El gramófono, ese gramófono de mano que llevo
todos los viajes.

TERESITA.—Yo lo traeré. *(Sale.)*

MERCEDES.—Vas a hacer juerguista hasta a Teresa.

ANTOÑITO.—Papá, mamá... *(Les lleva vasos.)*

DON ANTONIO.—Yo no bebo.

HORTENSIA.—Yo voy a probarlo. A lo mejor me quita un
reíllo que tengo. Hoy desperté medio mareada.

CHICHITA.—¡Ay!

ANTOÑITO.—¿Qué? ¿Ha hecho su efecto?

CHICHITA.—Me siento más animada. Ahora me parece que
e atrevería a hablar de todo.

MERCEDES.—Bueno, tú sí, atrévete; pero que no se atreva
'pa.

PEPA.—Ya sabes que todo es según el idioma en que se dice.
a moral tiene también su método de Ahn.

DON ANTONIO.—Bonitas están las muchachas hoy día.

ANTOÑITO.—A ver, a ver; eso me interesa. Explíquelo.

MERCEDES.—Dice Pepa que las cosas que en el idioma pr son escandalosas, traducidas a otro son hasta sosas, s quiere.

ANTOÑITO.—Muy bien. Opino lo mismo. Pero, ejemplos cesito ejemplos.

PEPA.—Yo he oído el otro día a una pareja de franceses se decían con mucho mimo: "Mon loup, mon petit chien, chou, mon trognon..." ¡Ya ve usted! Mi lobo, mi col y troncho... Y, sin embargo, para ellos tenía su significa ¡Vaya si lo tenía! ¡Si viera usted como se arrimaban el t cho y la col!

ANTOÑITO.—De modo que cuando usted se case no le llar a su marido hortaliza.

PEPA.—¡Ah, desde luego! Buscaré algo más interesante

ANTOÑITO.—¿Y usted, Chichita?

CHICHITA.—Yo tengo ideales.

DON ANTONIO.—Vaya, menos mal; una muchacha de que tiene ideales.

ANTOÑITO.—¿A que adivino cuáles son esos ideales? Cas con un húsar de esos de uniforme azul o rojo.

CHICHITA.—No. Mi ideal es el campo. Un idilio en el cam Una cabaña. ¿No habéis visto en el cine esas cabañas de selvas de Norteamérica? En la cumbre, en pleno bosque, chas de troncos, con una hamaca; todo sencillo, pobre...

ANTOÑITO.—¿Y para subir a la cumbre?

CHICHITA.—Un cuarenta caballos. ¡No voy a subir a pi

ANTOÑITO.—¡Ah, vamos! Las chicas que viven en una baña sueñan con el automóvil; usted va del automóvil cabaña. Es un refinamiento. Por supuesto, que su cabaña drá calefacción y cuarto de baño.

TERESITA.—*(Entra con un gramófono portátil.)* Aquí el gramófono.

ANTOÑITO.—Venga, venga. El cótel hay que agitarlo al cerlo y dentro del cuerpo. *(Se pone a armar el gramófono*

DON ANTONIO.—¿Cómo le tenéis afición a este endiab chisme?

HORTENSIA.—A mí me gusta más la radio.

ANTOÑITO.—¿Por qué, mamá?

HORTENSIA.—Porque con la radio se queda una tan dor da... Yo me pongo de noche los auriculares y al segundo e fiiita. Bendito sea quien la inventó. A mí, que no me h efecto el bromuro, ni siquiera la morfina, y miren ustedes, cuanto oigo un tenor por la radio... *(Comienza a oírse e gramófono un fox-trot o un tango argentino.)*

N ANTONIO.—Hasta ronca.
LETÚA.—*(Entra con un telegrama en la mano.)* Esto tra-
.
N ANTONIO.—¿Un telegrama? ¿De quién podrá ser? *(An*
o para el gramófono.)
TOÑITO.—Reletúa
LETÚA.—Mandéis.
TOÑITO.—Cuando venga don Arturo me avisas.
LETÚA.—Así haré. *(Sale.)*
N ANTONIO.—Es de Bayona. ¡Ah! De La Roche. *(Lee para*
Pero... ¿qué dice este hombre? *(Lee alto.)* "Toureaux de
sieur Citroen, superieurs; chevaux morts, deux. Don Ca-
, superbe. Nino de Penuelas et l'enfant du Palmier, coura-
. Oreilles, aucune. Ce soir je viendre diner avec vous.—La
ıe."
NTOÑITO.—*(Se echa a reir.)* Este La Roche es genial. Bien
está que viene a cenar esta noche, que los toros de Ci-
n (se habrá metido a ganadero) han salido buenos, que
Canero ha estado soberbio, y valiente el Nino de la Palma.
Nino de las Penuelas, *l'enfant du Palmier*. Ha puesto un
grama como un apoderado.
ERCEDES.—Lo que habrá gozado con la *course de toureaux*.
ERESITA.—Y puede que haya ido de sombrero ancho a la
ida.
PA.—Pero... ¿bailamos? Digo, si nos da permiso don An-
o.
ON ANTONIO.—Yo no soy nadie, señorita. *(Antoñito vuelve*
ucer sonar el gramófono.)
ERESITA.—Papá Antonio... Estás enfurruñado... *(Antoñito*
one a bailar con Pepa.)
ON ANTONIO.—No puedo ver ciertas cosas. Fíjate: tu pa-
es una criatura.
ERESITA.—Afortunadamente. Los niños son limpios de co-
ón.
ON ANTONIO.—Pero los niños no resuelven las situaciones
ves de las casas. ¡Hortensia!
ORTENSIA.—¿Qué quieres?
ON ANTONIO.—Ven conmigo al comedor. Vámonos los tres.
y que apartarse un poco de estas frivolidades, pensar en lo
nos sucede... Resolver.
ORTENSIA.—No me asustes. Pero... ¿qué pasa?
ERESITA.—Nada, mamá... *(Los tres se van al comedor.)*
ERCEDES.—Bueno, Pepa, ya le has acaparado bastante.
HICHITA.—Sí, déjanosle un poco a las demás.
PA.—Venid a quitármelo.
ERCEDES.—Oye, tú, niña bien, ya lo creo que te lo quito.

ANTOÑITO.—*(Durante todas las escenas anteriores y cialmente en ésta, Antoñito está risueño, agradable, ton* ¡Vamos a ver cómo se porta la de la cabaña!

LAS TRES.—*(Forcejeando por arrebatar a Antoñito a demás.)* ¡Quita, pegajosa! ¡Suelta! ¡Vamos! ¡Déjame a r *(Cuando están en esta lucha, aparece* TERESITA, *que por la puerta lateral.)*

TERESITA.—Aquí está don Arturo. *(Todos se quedan dos. Antoñito para el gramófono.)*

ANTOÑITO.—Don Arturo... Bueno... Ustedes, señoritas, permitirán dos palabras con él.

PEPA.—No faltaba más.

CHICHITA.—Lo que ustedes quieran. Pasaremos al com

TERESITA.—Sí, haced el favor de esperarnos allí. *(Pe Chichita se van al comedor. Se las ve charlar con don nio y doña Hortensia. Teresita se retira y Mercedes y fito hacen un aparte.)*

MERCEDES.—¿Qué vas a hacer?

ANTOÑITO.—Lo que tú quieras.

MERCEDES.—Es que... Que no lo sé.

ANTOÑITO.—Pues déjame a mí.

MERCEDES.—Escucha... No decidas nada. No sabes lo du que estoy.

ANTOÑITO.—No te apures... *(La abraza. La lleva al co dor. Mercedes entra. Teresita espera a que su padre vuel escena y le dice con pasión.)*

TERESITA.—Sí, papá, decide. Rompe esa boda. Sería una honra para todos y la condenación de Merceditas. Papá, vala; es tu deber.

ANTOÑITO.—Bravo, Teresita; así me gustas. Eres una ll una llama angelical. *(Acariciándola.)* No te apures, salva Merceditas. Ya tengo preparada la maniobra... Vete. Entr a todos... Confía en mí. Ya sabes mi lema: una mano sua *(Teresita se echa en brazos de su padre y le besa. Los permanecen un instante unidos. Se separan. Teresita e y cierra la puerta del comedor. Antoñito va a la lateral. abre.)*

ANTOÑITO.—Pase usted. ¡Adelante! *(Entra* DON ARTUR *Antoñito vuelve a cerrar.)*

DON ARTURO.—Buenos días, señor Falcón.

ANTOÑITO.—Muy buenos, don Arturo. Tenga usted la dad de sentarse.

DON ARTURO.—*(Sentándose.)* Gracias. *(Con cierto emb zo.)* Pues usted me dirá.

ANTOÑITO.—*(Sentándose.)* Creo que es usted quien tiene decirme...

DON ARTURO.— Ya lo sabe usted. Desearía formalizar ante mis relaciones con Merceditas para casarnos pronto. to antes, mejor.

TOÑITO.—Indudablemente.

DON ARTURO.—Como yo no soy amigo de brusquedades ni violencias le agradecería me manifestase si ve algún inveniente...

TOÑITO.—¿Yo? Ninguno. En absoluto.

DON ARTURO.—*(Con cierta satisfacción.)* Suponía... No sé qué...

TOÑITO.—Nada, ningún obstáculo por mi parte. Ciertas diciones, eso sí. Pero no mías. De Merceditas.

DON ARTURO.—Es natural. Usted redactará el contrato. Yo pongo ninguna condición. Lo que deseo es llevarla a la sia lo antes posible.

ANTOÑITO.—¿A la iglesia? ¿Dice usted a la iglesia?

DON ARTURO.—*(Con asombro.)* Sí, señor; a la iglesia.

ANTOÑITO.—¡Qué lástima! ¿Y ha de ser precisamente por iglesia como se casen ustedes?

DON ARTURO.—Sí, señor. ¿No es usted partidario del matrimonio católico?

ANTOÑITO.—Yo soy partidario de todos los matrimonios. la cual debe casarse según sus ideas o sus creencias. La resulta partidaria del divorcio es Merceditas...

DON ARTURO.—¿Del divorcio? No me había dicho nada.

ANTOÑITO.—Por delicadeza. Me ha encargado que yo se lo ese. No se quiere casar en España, sino en Cuba, donde ed ha hecho su fortuna y puede naturalizarse. Allí existe divorcio.

DON ARTURO.—Es una condición que me sorprende y me... agrada. En primer lugar, no quiero perder mi nacionalidad, y además siempre pensé casarme con una española para e mi matrimonio fuese indisoluble y me brindase todas las rantías.

ANTOÑITO.—Usted perdone. Aparte la cuestión de la nacionalidad, que cada uno decide en el sagrado de su conciencia, indiscutible que el matrimonio con divorcio le brinda a ted más garantías... morales que el otro.

DON ARTURO.—¿A qué llama usted garantías morales?

ANTOÑITO.—A las del honor.

DON ARTURO.—Yo no me habría permitido nunca dudar de erceditas...

ANTOÑITO.—No me refiero a ella. Hablo en términos generales. Hay que creer en todo a condición de dudar de todo. lla es buena, pero el amor se va. Suponga que después de r Merceditas para usted, equis años, una esposa irreprocha-

ble, viene el hastío.... Entonces puede proponer el divorcio, hacer otra cosa que seguir una costumbre. Yo, en su lu de usted, adoptaría el sistema de Merceditas hasta sus t mas consecuencias. Divorcio, sí, señor; pero a todo trapo, procuradores, ni abogados, ni jueces. *(Levantándose.)* unión libre, don Arturo. A usted lo que le conviene es la un libre...

DON ARTURO.—¿Se figura que no la he practicado? Prec mente mis amoríos de soltero y mis desengaños de solte me inclinan a la paz del matrimonio.

ANTOÑITO.—A la paz armada del matrimonio, no lo olvi Todo cónyuge, sin necesidad de ser celoso, ha de ser preca do. Cada matrimonio joven, o con una de las mitades jov es una fortaleza sitiada...

DON ARTURO.—Después de que yo hable con Mercedita, decidiremos. ¿No le parece a usted?

ANTOÑITO.—¿No ha de parecerme? Ya sabe usted que en tos asuntos íntimos soy un ser pasivo.

RELETÚA.—*(Entrando corta la conversación.)* Ese señor O vio que le llaman, que hablarte quiere.

ANTOÑITO.—Que pase aquí. *(Sale Reletúa.)*

DON ARTURO.—*(Levantándose.)* Concretando, porque veo q tiene que hacer. ¿Usted respetará la decisión de su hija?

ANTOÑITO.—En absoluto. Sí.

DON ARTURO.— Se lo agradezco en el alma, porque espe convencerla. Y si no la convenzo, ya vería la manera de tra sigir hasta donde sea posible. ¿No tiene usted personalmen perdone que insista, ninguna objeción que hacer? *(Una paus*

ANTOÑITO.—Perdone que le presente a este señor que entr Pase usted, Orovio. *(Entra* LEONARDO.) ¿No se conocían ust des? Don Arturo Salvatierra. Don Leonardo Orovio... *(L presentados no se dan la mano.)* Este señor fué pretendien de Merceditas. Ahora es sólo amigo de la casa. Hace verso A mí me gustan mucho los versos...

DON ARTURO.—Conozco de vista a este joven y he leído s versos. Unas palabras a solas con usted, señor Falcón... *(S aleja Leonardo. Se aproxima Antoñito a don Arturo.)*

ANTOÑITO.—Con mucho gusto.

DON ARTURO.—*(Casi al oído de Antoñito.)* Ya veo con q finura me ha presentado usted la objeción. Sí, es una objeció demasiado seria, lo reconozco. Juventud, amor... Un poema e un poeta. ¿Insiste usted en que cada matrimonio desigual e una fortaleza sitiada?

ANTOÑITO.—Insisto, don Arturo.

DON ARTURO.—Y éste es el sitiador...

NTOÑITO.—Eso ya no lo sé; depende de él... ¿Cuándo va us-
a hablar con Merceditas?
ON ARTURO.—*(Después de una pausa.)* ¡Es triste ser viejo!
muy triste!... Abandono la plaza, señor Falcón... No hablaré
Merceditas... *(En alta voz.)* Usted lo pase bien. *(Mira a Leo-
lo, el cual ha permanecido alejado, serio, inmóvil. Los dos
bres se contemplan. Don Arturo se inclina. Leonardo le con-
a con otra inclinación.)*
ON ARTURO.—Caballero...
EONARDO.—Caballero... *(Don Arturo sale.)*
NTOÑITO.—Lástima de edad. Es inteligente. Es discreto.
nce años menos y se la llevaba él y no usted. ¿Qué dice el
ta?
EONARDO.—Que el poeta es usted. ¿Cómo se las arregló para
adir a ese hombre?
NTOÑITO.—¿Qué le importa?
EONARDO.—Es verdad. ¿Y Merceditas? ¿Qué dirá Merceditas?
NTOÑITO.—Aun no lo sabemos, y tampoco le importa. Tenga
d. *(Le alarga un papel.)*
EONARDO.—¿Qué es esto?
NTOÑITO.—Un cheque.
EONARDO.—¿Para qué? ¿Qué hago yo con este cheque?
NTOÑITO.—Ahora metérselo en el bolsillo. Después, ir a co-
rlo a Biarritz...
EONARDO.—Al Banco de monsieur La Roche; y le traigo a
ed el dinero...
NTOÑITO.—Se queda usted con el dinero.
EONARDO.—*(Alargándole el cheque.)* ¡Ah, no, señor; de nin-
n modo! ¿Por qué?
NTOÑITO.—*(A Leonardo, poniéndoselo en el bolsillo.)* Es la
ueña dote de Merceditas... Cincuenta mil pesetas. Pero ha
figurar que son suyas. Usted las heredó, le cayeron a la
ería... Da lo mismo. Cuantas menos explicaciones, mejor.
mprenderá que con una dote así hay que seguir haciendo
sos... pero trabajando en otra cosa. Siéntese. Tenemos que
blar.
LEONARDO.—Pero yo no puedo aceptar... *(Manosea el cheque,
rbado.)*
ANTOÑITO.—Usted me escribió dándome cuenta de la situa-
ón en que se encontraban las cosas... Yo le cité. ¿Y qué le
je?
LEONARDO.—*(Confuso.)* Pero...
ANTOÑITO.—Le dije que yo era un hombre a la pata la llana;
mo si dijéramos, en mangas de camisa. Agregué que yo no
eía en las dificultades. No hay dificultades. No se deben to-
ar las cosas en trágico. Resolverlas, sí, con ingenio, con dul-

zura. Todo eso le dije. A usted le pareció bien. Ahora no h
más que ponerlo en práctica.

LEONARDO.—Dispense; pero este cheque, no...

ANTOÑITO.—Amigo Leonardo, usted es un poeta y yo un
sionista. Es un pequeño juego de prestidigitación. Yo le te
que dar a usted ese dinero como dote de Merceditas. Se
doy, pues. La forma, ¿qué importa? Para los demás, en vez
aparentar que yo entrego el dinero, lo entrega usted. Es
que hacen los prestidigitadores: Está ahí la botella...; pasa
ya no hay nada...; ahora está aquí... Nadie ha visto el tru

LEONARDO.—¿Le parece a usted bien? Yo no estoy del t
convencido.

ANTOÑITO.—Ilusionismo, prestidigitación... En su nom
van a la guerra los hombres, se dejan matar... Les ponen
lante una palabra: Patria, y les escamotean la verdad:
mercio, Política, Egoísmo... Hay un ilusionismo para el m
Yo le practico para el bien. Defiendo, como usted, el amo
la juventud con mis medios. Por debajo de estas palabras
geras, ¿no me comprende usted?

LEONARDO.—Le comprendo y le adivino. *(Deslumbrado.)*
usted un manantial de optimismo; es usted...

ANTOÑITO.—Soy un amigo. Y ahora, si Merceditas acep
comerá usted con nosotros. No se olvide, cuando sea oportu
de exhibir el dinero ante don Antonio. Vaya a saludarle, ha
a toda costa las paces con él. Pida perdón. En un muchac
pedir perdón es bonito.

LEONARDO.—Le debo a usted más que la vida: le debo to
lo bello de la vida.

ANTOÑITO.—Eso póngamelo en verso... Vaya usted, vaya
¡Merceditas, Teresita! *(Salen éstas del comedor.)*

MERCEDES.—¿Qué, papá? ¡Ah!

TERESITA.—¿Está usted, aquí, Leonardo? ¡Cuánto me aleg
su presencia!

LEONARDO.—*(En voz baja.)* Ya sé que es usted buena y q
nos quiere a Merceditas y a mí. Pero yo también la quie
a usted porque contribuye a mi felicidad. *(Entra en el com
dor después de besar la mano de Mercedes, sin hablar.)*

MERCEDES.—¿Y a mí no me dice nada?

ANTOÑITO.—Todavía no. Falta un trámite.

MERCEDES.—¿Pues qué pasa?

ANTOÑITO.—Merceditas, prepárate. Don Arturo no ha
nido a pedir tu mano, sino a renunciar a ella...

MERCEDES.—¿A renunciar?

ANTOÑITO.—Como lo oyes. Creo que le da vergüenza ser
yerno, y tiene razón: si fuéramos los tres juntos por la cal
parecería yo el marido.

TERESITA.—Era lo que yo pensaba.

MERCEDES.—Y yo. Pero papá no tenía por qué salir a la
le con nosotros.

ANTOÑITO.—Exacto. Yo tenía pensado, para evitar el ridícu-
marcharme de España.

MERCEDES.—¿Por qué? Hubiese preferido no casarme... Lo
e a mí me indigna es que haya sido él quien renuncia. ¿Qué
gs?

ANTOÑITO.—Dice que no quiere casarse por la iglesia.

MERCEDES.—¡Qué raro! Deja, esta tarde le hablaré.

ANTOÑITO.—Es lo mejor. En el fondo, la diferencia de edades
lo que os separa.

TERESITA.—Si le buscas, parecerá que le persigues. No está
en que le hables. ¿Crees tú, papá, que debe hablarle?

ANTOÑITO.—¿Por qué no? Pero yo, si fuera Merceditas, ha-
aría antes con Leonardo.

MERCEDITAS.—Ya caigo; lo que yo pensaba. Arturo le tiene
ledo a Leonardo. Todo lo que ocurre es obra de Leonardo.
Muy bien! No me casaré con Arturo, pero con él tampoco.
(cercándose a su padre.) Tú me llevarás a París para dis-
aerme.

ANTOÑITO.—Tonta. ¿Y por qué no te vas a París a pasar la
na de miel con Leonardo? Yo creí que estabas enamorada
é él...

MERCEDES.—Eso quiere decir que aprobarías mi boda con
e muchacho... Por eso le has hecho quedar y has despedido
don Arturo... ¿Acaso no sabes que no tiene donde caerse
uerto?

ANTOÑITO.—¡Cá!! Tiene cincuenta mil pesetas para los pri-
eros gastos. No hace más que sacar billetes de los bolsillos.
demás, yo soy rico, muy rico. Os ayudaré... Y Leonardo, sin
ejar los versos, se lanza a los negocios. Posee un gran espíri-
mercantil.

TERESITA.—Estás hablando un poco en industrial, Mercedi-
as. Resígnate a ser feliz; ven conmigo. *(La lleva al comedor.)*

MERCEDES.—Si me dejáis sola con él no tendré más remedio
ue decir que sí.

TERESITA.—Espera a que se arregle con papá Antonio. Va-
nos a ayudarlos... Ven. *(Salen Pepa y Chichita.)*

PEPA.—¡Pero qué sorpresa!

CHICHITA.—Leonardo dice que tu papá le ha concedido tu
nano.

MERCEDES.—Así es; pero yo...

ANTOÑITO.—Hoy estoy en vena. Si alguien me pide la de
stedes también se la concedo.

TERESITA.—¡Papá, que es en serio!

ANTOÑITO.—¿En serio? ¿Esto va a ser una cosa grave? A v señoritas, lleven dentro el gramófono con disimulo. Cuan papá Antonio y Leonardo se den la mano romperemos a toca

CHICHITA.—¿Es que va a haber una comida de esas q usted ha inventado?

ANTOÑITO.—Sí, señorita... Una comida-clown.

PEPA.—¡Vivan los novios!

TODOS.—¡Vivan! *(Entran, menos Antoñito.)*

ANTOÑITO.—Reletúa, Reletúa. *(Este aparece en la puerta* Que sirvan el sopa que nos la vamos a comer con el cuchar

RELETÚA.—Antes, que resibir tienes a una señora.

ANTOÑITO.—¿Que me busca a mí?

RELETÚA.—Así dise, don Antonio, llegado resién. El otro d Antonio aquí se estaba.

ANTOÑITO.—Dila que vuelva a la tarde.

RELETÚA.—Fuerzas para entrar hase. Que verte muy porta tísimo dise.

ANTOÑITO.—¿Te ha dicho cómo se llama?

RELETÚA.—Aquí en este papel puso. *(Le da un papelito p queño.)*

ANTOÑITO.—*(Leyendo.)* "Chon". *(Turbado.)* Pero... ¿cómc Si es su letra... Chon aquí... ¡Dios mío!...

ASUNCIÓN.—*(Entra. Es mujer elegante, bella.)* Sí, soy yo la señora de Vergara. *(Habla con marcado acento argentino mira a Reletúa.)*

ANTOÑITO.—*(A Reletúa.)* Vete.

RELETÚA.—*(Yéndose.)* Otro pantasma. Y agrasiao es ést Ezta cer dudatu. *(Vase. Entretanto Antoñito ha cerrado l puerta del comedor, diciendo a los de dentro.)*

ANTOÑITO.—Empiecen ustedes a comer. Yo voy en seguida Tengo visita. *(Una vez cerrada la puerta, se vuelve impresic nado. Durante la escena siguiente, Antoñito ha perdido su co rácter; está abatido, dominado, trémulo.)* ¡Chon!

ASUNCIÓN.—*(Se arroja en sus brazos.)* ¡Antoñito, Antoni mío! ¿Cómo te escapaste? ¿Creíste acaso que yo no te iba seguir, que era mentira mi juramento? Te quiero a ti solo por ti daría la vida. Ya ves cómo era verdad.

ANTOÑITO.—Pero es una locura. ¿Cómo has podido venir ¡Estás loca!

ASUNCIÓN.—Y te quejas tú de mis locuras, después de se la causa de ellas. Sí; estoy loca de amor por ti, de desespera ción y de celos. ¡Abandonarme, huír de ese modo! ¡Abando darme!

ANTOÑITO.—¿Cómo iba a abandonarte, si nunca te he tenido?

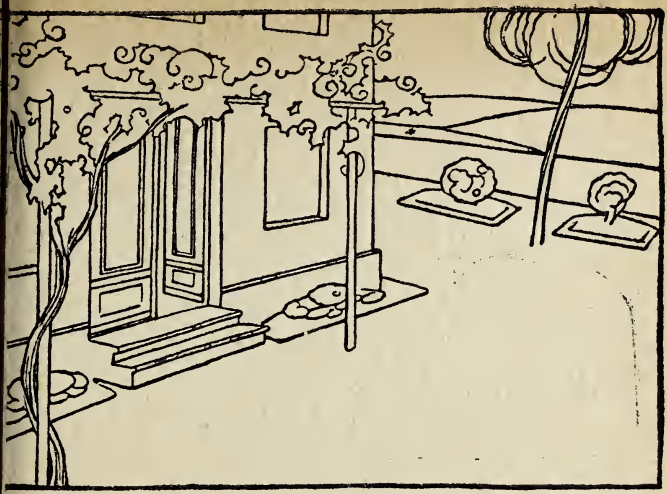
ASUNCIÓN.—Por eso me ha desesperado más tu huída; por-
e he visto claro el engaño, lo sútil de tu burla.
ANTOÑITO.—¿Burlarme yo? Pero... ¿de qué me acusas?
ASUNCIÓN.—De perfidia, te acuso de perfidia... Cuando me
ste propicia a quererte, ¿qué no hiciste porque te quisiera?
lora, aquí estoy; tú que has hecho el daño, repáralo... *(Llora.)*
'ú que has hecho despertar en mí a la mujer, aquí la tienes;
z de ella lo que quieras..., acaba tu obra, acaba de matarla!
ANTOÑITO.—¡Asunción, tranquilízate!... Esta tarde nos pon-
emos de acuerdo en todo... Te juro que te engañan las apa-
encias... Es verdad que huí de tu lado; pero por miedo...,
edo, sí, de consumar un delito, de volver a ser malo como
fuí otra vez..., por desgracia mía y de los míos... Pero todo
reparable. *(La acaricia.)*
ASUNCIÓN.—No me engañes... No juegues ya conmigo...
ANTOÑITO.—Pasa esta tarde, al anochecer, por la carretera
aquí abajo. Yo te enviaré recado... Dile a tu marido que
s a pasear sola por la carretera... *(Dentro suena un charles-*
n en el gramófono.)
ASUNCIÓN.—¿Qué es eso?
ANTOÑITO.—La familia... Están alegres... Como volví... *(La*
erta del comedor se abre y sale MERCEDES.)
MERCEDES.—¡Antoñito! ¡Ay! *(Aparte.)* La del retrato.
TERESITA.—Usted perdone... Creí que estaba solo.
ASUNCIÓN.—*(Altiva.)* Ya me iba. Buenos días. ¡Adiós!
ANTOÑITO.—A los pies de usted. Por aquí, señora. *(Sale*
sunción.)
MERCEDES.—Papá, ya está todo arreglado. Papá Antonio ha
cho las paces con Leonardo... Claro que a regañadientes.
todas las chicas quieren que les enseñes la comida-clown.
ANTOÑITO.—*(Turbado.)* Sí... La comida... Lo que tú quieras.
TERESITA.—*(Saliendo del comedor.)* ¡Vas a ver lo que te
n preparado!
MERCEDES.—Toma, tu gorro. ¡Lo que vamos a divertirnos!
ANTOÑITO.—*(Preocupado.)* ¿Divertirnos? ¿Divertirme yo?
TERESA.—¿Qué te pasa, papá?
ANTOÑITO.—¿A mí? ¿Pasarme a mí? ¡Qué tontería! ¡La co-
ida, la comida, a escape! ¡Hay que reír, hay que reír!
MERCEDES.—*(Mirando hacia donde marchó Chon, con hostili-*
d reconcentrada.) ¿Qué querrá esa mujer? ¿A que habrá ve-
do esa mujer?
(Salen todos en farándula, cantando al compás de la música
el gramófono, que lleva PEPA. *Se adornan con gorros de co-*
ión y de papel de periódico; enarbolan plumeros, escobas,
adera, y fingen en fila un grotesco desfile militar. El único
ue no comparece es don Antonio. TERESITA *sostiene a mamá*

HORTENSIA, *que se envuelve en un tapete o colcha.* RELE*va el último, enfadado, a regañadientes, tocando un tambor*
niño. Todos rodean a Antoñito cantando con gran alegría y
dirigen al comedor, excepto Reletúa, que se va hacia la pue
de la calle.)

MERCEDES.—Pero tú, ¿dónde vas? *(Se detienen todos a*
puerta del comedor.)

RELETÚA.—*(Indignado.)* ¡Ené badá! ¡A esperaros al man
nio ya me voy! ¡Dónde ya vendréis todos! *(Gran algazara.*

TELON



ACTO TERCERO

fachada del hotelito por el lado del mar. Al foro, limitada por empalizada, la carretera que rodea a la finca. Delante de la fáada, un emparrado que ocupa buena parte de la escena. La empalizada es practicable. Es al atardecer.

ERESITA está leyendo un libro. Entra LEONARDO, que viene de la carretera.)

LEONARDO.—¡Cuñadita!

TERESITA.—¡Ah! ¿Ya has vuelto? Escaparte tan de prisa...

LEONARDO.—Un encargo de tu padre.

TERESITA.—¿Y por eso no pudiste acabar de almorzar? A tos nos extrañó mucho que sin tomar café, sin apenas probar postre, salieras huyendo.

LEONARDO.—¿Qué iba a hacer?

TERESITA.—Hombre, en una comida casi de esponsales, cuando te autoriza hasta a tutearnos y se habla de cómo ha de ser pulsera de pedida de Merceditas, me parece a mí que no ría tan urgente lo que tenías que hacer.

LEONARDO.—Urgentísimo.

TERESITA.—Perdóname que lo dude. Más importante era e
al lado de tu prometida...

LEONARDO.—Ya te digo que no fué cosa mía. Tu padre
pidió que le tomase dos billetes para el expreso de esta no
con un apresuramiento que, la verdad, por poco tengo
irme sin sombrero.

TERESITA.—¡Oye! Pero... ¿cómo? ¿Dos billetes para el ex
so? ¿Para qué expreso?

LEONARDO.—Hendaya-París.

TERESITA.—¡Ay, Dios mío!

LEONARDO.—¿Qué?

TERESITA.—¡Ay! ¿No será que se nos va, que se nos mar
otra vez?

LEONARDO.—Eso creo; pero... ¿qué mal hay en ello?

TERESITA.—Mal, quizás lo haya en dejarnos, en abandonar
otra vez, ahora que habíamos probado a estar tranquilos
querernos, a salvarle; ahora que éramos de verdad una fa
lia y no una tribu. Pero mal lo hay seguramente en que n
va solo. ¿No has tomado dos billetes?

LEONARDO.—Sí.

TERESITA.—Entonces... ¿Para quién es el otro?

LEONARDO.—Para ti...

TERESITA.—¿Lo tomas a broma?

LEONARDO.—Digo para ti, para Mercedes, para papá Anto
para Reletúa, qué se yo...; para alguien de la casa.

TERESITA.—No; el corazón me dice que estamos amenaza
de otra desgracia. ¡Este papá, este papá!... ¡Dios mío, pe
name si pienso mal de él, pero es exceso de cariño!

LEONARDO.—El mismo nos lo dirá; no te preocupes. ¿Y M
cedes?

TERESITA.—Se ha ido al hotel de al lado a buscar a Pe
También salió como un cohete. No sé lo que ocurre hoy.
Mercedes, papá, todos andáis de un lado para otro como
bellinos. *(Entra* MERCEDES *por la cancela de la empalizada,*
da a la carretera. Viene apresuradísima con un paquete
cartas en la mano.)

MERCEDES.—¡Teresa, Teresa! ¡Ah! ¿Estás aquí, Leonar
Me alegro; tú eres ya de la familia.

TERESITA.—¿Es algún misterio?

MERCEDES.—Y tan misterio. Aquí tienes las cartas tradu
das. Pepa las ha leído todas y ha ido apuntando lo más
portante.

LEONARDO.—¿Qué cartas?

TERESITA.—Una tontería de Mercedes; un atrevimiento su
Encontró esas cartas en el maletín de papá. Le chocó la fir
la letra era de mujer... Y ya ves lo que ha hecho.

EONARDO.—¡Mercedes!

ERESITA.—No se lo tomes en cuenta. Es una indiscreta.

ERCEDES.—Sí; soy una indiscreta, una fisgona, una mal cada; no tengo ni pizca de sensatez, lo que quieras; pero, cias a mí, nos enteramos de que va a ocurrrir una catás- e.

EONARDO.—¿Nada más?

ERESITA.—Supongo que no querrás colocarnos el texto de las itas. Eso no puedo consentirlo...

ERCEDES.—Me callaré el texto y os diré la sustancia.

ERESITA.—¡Mercedes! Vas a hacer que me enfade.

ERCEDES.—Y tú vas a hacer que papá se pierda.

EONARDO.—Perdona, Teresa, pero si es tan grave el asunto) que debíamos enterarnos; además, se han enterado ya ... y Pepa.

ERCEDES.—Me da igual vuestra opinión. Yo lo que quiero salvar a papá; salvar a mi padre. No soy una egoísta.

ERESITA.—Eso lo dices por mí: es un insulto. Yo no tengo a de egoísta. Soy capaz de tantos sacrificios como tú.

ERCEDES.—No pretendo discutir. *(A Leonardo. Teresa se rta disgustada.)* Se trata de una mujer que es amiga..., iga íntima de mi padre. Está casada y tiene un hijo, un co ya mayor, de diez años. Mi padre y ella, en la Argenti- fueron..., bueno, tuvieron un idilio, pero un idilio román-) sin consecuencias, un flirt bastante aumentado, casi un edo... Papá huyó, volvió a España, a nuestro lado, y ahora mujer...

ERESITA.—*(Que se ha ido acercando insensiblemente por el erés de la narración.)* ¿Es la de esta tarde?

ERCEDES.—Es Chon. Viene a llevárselo... Ella lo abandona o; se olvida de su hijo, de su marido..., arrastra a la per- ión a papá. *(Pequeña pausa.)*

EONARDO.—Sí que es grave... Y ahora relaciono yo esa vi- a con su encargo. Me ha mandado que compre dos billetes a el expreso de París de esta tarde.

ERESITA.—*(Cae desfallecida en una silla.)* Nuestro destino que seamos siempre desgraciados. Por un amor como éste a una casada, papá tuvo que huír; nos arruinamos; casi tó a un hombre... Había vuelto regenerado; éramos dicho- , y ahora... amenazándonos el adulterio y el crimen, otra a punto de caer el pobre papá en pecado mortal... *(Llora.)*

EONARDO.—Tranquilízate. Vamos a estudiar lo que se pue- hacer... Pero si nos dejamos abatir no discurriremos a de- chas...

ERESITA.—*(Abrazando a Mercedes.)* ¡Hermana, hermana! Tú e eres más fuerte; tú que sabes más que yo del mundo y de

la vida, sálvale tú, salva a papá, al pobre papá. *(Sigue rando.)*

MERCEDES.—Tienes razón, Leonardo. Tranquilízate. Ten lor. Si nos ponemos así estamos perdidos.

TERESITA.—Dios mandó a papá, no lo dudes, para que te vase a ti... Ahora, ¿cómo vamos a salvarle nosotras a él?

LEONARDO.—Y es urgente discurrir algo. Tened en cue que sólo faltan horas para que se marche.

MERCEDES.—Lo primero es enterarnos de dónde está. Tú sueltes los billetes. Inventa que no había... Cualquier cosa.

LEONARDO.—Quizá haya dado a los criados algún recado nos oriente.

MERCEDES.—Llama a Reletúa, a ver.

TERESITA.—Yo iré a buscarle. Quiero encerrarme en mi cua y rezar. No os sirvo para nada. Confío en vosotros. *(Muti*

MERCEDES.—Pues sí que tenemos en ti un alivio.

LEONARDO.—¿Qué quieres que se la ocurra más que rezar? casi una monjita.

MERCEDES.—Divertida casa ésta. Los abuelos por un la papá por otro y la monja por su parte, me traen a mal tra Menos mal que ya me queda poco, ¿verdad? Porque nosot somos más valientes.

LEONARDO.—Y más sensatos.

MERCEDES.—Lo que peor veo es lo de mi hermana. No acostumbro a la idea de que se pudra en un convento.

LEONARDO.—¡En plena juventud; habiendo tantas cosas h mosas en la vida!

MERCEDES.—Algo daría yo por rescatarla, por salvarla a también; pero eso sí que es imposible. *(Aparece* RELETÚA, *sale de la casa.)*

RELETÚA.—Ya explicarás con hermana qué te hases; llor do se entró.

LEONARDO.—Oiga, buen Reletúa.

RELETÚA.—¿Bueno que te llaman? Algo que te quieren.

MERCEDES.—Déjate ahora de pamplinas. Vamos a ver, ¿a te ha dicho algo mi padre?

RELETÚA.—¿Esta tarde al salir? Decir, ya dijo.

LEONARDO y MERCEDES.—¿Qué te dijo?

RELETÚA.—Yo las buenas tardes le di: Arratsalde on dezate Y él me contestó: Buenas te las tengas. Y hacia empalisa que se fué.

LEONARDO.—¿Se fué?

RELETÚA.—Sí, hasia empalisada. Pero se volvió y hablam

MERCEDES.—A papá le sucede una cosa muy grave Por e lloraba la señorita Teresa y por eso te pregunto yo. De no

contesta a lo que te pregunto, si es verdad que quieres a
á.
ELETÚA.—Como querer, ya quiero, y porque quiero te di-
Pero él me dijo: si me quieres, nada digas. Y como le
ero, no puedo desir, porque si te digo, no le quiero.
EONARDO.—Resultado..,
ELETÚA.—Que no quiero.
IERCEDES.—Estamos arreglados.
ELETÚA.—¿Comprender asierto que tú dises que sucederle
o puede?
IERCEDES.—Algo gravísimo.
ELETÚA.—¿Enfermar?
EONARDO.—Peor.
ELETÚA.—¿Romper pierna o cabesa?
IERCEDES.—Peor. Morirse.
ELETÚA.—¡Me cas!... Entonses ya te diré. Pero ¿tú juras
e morirse puede?
IERCEDES.—Sí, hombre, sí; despácha.
ELETÚA.—Pues que cuando automóvil pasase falda de mon-
con señora, le avisaría.
IERCEDES.—¡Ah, van a venir a buscarle!...
ELETÚA.—Pantasma que te estuvo en comiendo, pantasma
e te vuelve en automóvil. Ahí bajo quedará. Y yo de senti-
la me estoy. Entonses aviso y que te sale tu padre como
digo.
EONARDO.—Está claro el asunto.
ELETÚA.—Pero no desirle que dije. Desirle que por casuali-
ad visteis, porque a ti te creerá a ojos que sierras.
IERCEDES.—Bueno, puedes ir y ponerte al acecho. De cen-
ela. Y no olvides que antes de hacer lo que te mande mi
dre, tienes que decírnoslo a nosotros. De lo contrario, a
pá le sucederá algo tremendo. Corre peligro su vida.
ELETÚA.—Asustado estoy *(Yéndose.)* Pantasmas y eroas. Ya
están locos. Y todos con precausión. ¿Cer esan nai du orrec?
lace mutis por la cancela de la empalizada y se supone que
sciende por la carretera.)
IERCEDES.—*(Nerviosa, estrujando las cartas.)* Esa mujer es
na infame. No concibo cómo se puede hacer eso. Escribía es-
s cartas en inglés por si caían en manos del marido, atri-
uírselas a otra. Mira, mira lo que dice. *(Le va a enseñar una*
arta.) Pero no..., no lo mires, porque luego mis cartas te
an a parecer sosas.
EONARDO.—Tus cartas son de la mujer que yo quiero, y
stas...
IERCEDES.—Discurre, tú que tienes imaginación. Estaría gra-
oso que te pasases la vida inventando problemas en verso

y ahora no supieras qué hacer ante un problema en pro

LEONARDO.—Yo creo que lo más indicado es tener una plicación con tu padre, obligarle a desistir. Hay que proce como hombres.

MERCEDES.—Es libre y nosotras somos sus hijas.

LEONARDO.—Entonces, don Antonio... Con su genio.

MERCEDES.—No digas tonterías; mi padre no le hace ca Y ya sabes lo que dice: en la vida, suavidad, ingenio para perar los obstáculos.

(Aparece MR. LA ROCHE, *de sombrero ancho, y* PEPA *y* CHICHITA *vestidas con el uniforme de "apache"; es decir: tr negro, despeinadas, delantal rojo y un lazo, también rojo, cuello.)*

LA ROCHE.—¿Se puede hacer el paseíllo en esta casa?

MERCEDES.—*(Aparte.)* ¡Lo que nos faltaba! *(Alto.)* Adel te... Pero Pepa, Chichita, ¿cómo vais vestidas así?

PEPA.—Ya te he dicho antes que íbamos a la fiesta del K saal. Baile hasta la madrugada.

MERCEDES.—*(Aparte a Pepa.)* No digas nada de lo de l cartas.

PEPA.—*(Aparte.)* Descuida, mujer; ni que yo fuese una genua de veras.

CHICHITA.—¿Cómo nos encuentras?

LEONARDO.—Preciosas.

LA ROCHE.—Pero ¿de qué van vestidas?

PEPA.—De algo de su tierra de usted. De apaches de Par

LA ROCHE.—¡Oh, ja, ja, ja! *(Ríe.)* Luego ustedes los espa noles dicen que nosotros haremos de la espagnolada. Pego tedes hacen de la francesada. Eso no lo hubo en París jama de la vida.

MERCEDES.—Pues usted tampoco se anda por las ramas. San Sebastián, y de sombrero ancho.

LA ROCHE.—Perdón. En San Sebastián, no; en Bayona, Bayona. Yo vengo de una corrida y he asistido a una reuni que será decisiva para la tauromaquia.

(Salen DON ANTONIO *y mamá* HORTENSIA *a la puerta la casa.)*

DON ANTONIO.—¡Tanto bueno!

HORTENSIA.—Felices, señores. ¿Están ustedes al aire libr No sean atrevidos, que pronto hará relente.

LA ROCHE.—Señoga, don Antonio. *(Saludos.)*

DON ANTONIO.—Pero estas niñas, ¿qué llevan?

HORTENSIA.—Sí, es curioso. ¿Acaso una moda nueva pa trajes de noche?

PEPA.—Es para la fiesta del Kursaal. Asisten tres princip extranjeros.

CHICHITA.—Y el Cuerpo diplomático.

LEONARDO.—Y dos ministros.

HORTENSIA.—Entonces no me explico cómo vais de delantal.

PEPA.—Ni nosotras tampoco; pero hay que ir así.

CHICHITA.—Es que a la fiesta la llaman Danza Apache y ne ese carácter. Los hombres irán como los ratas de *La an Vía.*

DON ANTONIO.—No me explico esa ordinariez.

MERCEDES.—Es que, digan lo que quieran, las gentes de arri-, cuando quieren divertirse, tienen que hacerlo como las abajo. Organizan una verbena, una buñolada, una fiesta ache, una becerrada. En fin, se divierten como lo que ellos man gentuza, pero para elegantizarlo le dicen *canaille.* Así resulta la diversión más libre.

PEPA.—Y más económica.

HORTENSIA.—¿Y usted también va, monsieur La Roche?

LA ROCHE.—No, señoga. Yo me invito a cenar con ustedes les haré la tertulia. Les traigo un *compte-rendu* fotográfico lo sensacional que se prepara en el togeo. *(Saca postales las distribuye.)*

DON ANTONIO.—¿Quién es este torero?

LA ROCHE.—Un togego francés, el primer gran togego de la oca.

PEPA.—Pero si tiene bigote.

LA ROCHE.—¿Eso qué impogta? Nosotros los franceses va-os a refogmar los togos. A los togos españoles les falta *arme,* les falta elegancia y modernidad. Eso es lo que van crear las cogidas francesas. Y paga eso contamos con esto gego.

MERCEDES.—¿Cómo se llama?

LA ROCHE.—Se llama Charles Philiphe Louis Bonefon d'Ata-y Carriére La Rochefoucauld de Pierrefonds.

CHICHITA.—Pero eso es muy largo para el cartel.

LA ROCHE.—Todo lo tenemos previsto. Así como aquí hay l Esparterito, o que trabaja los espartos, y el Lagartijillo, ue coge lagartijas, nosotros, como este togego era agricul-or, le vamos a llamar el Petit-Poi.

DON ANTONIO.—El guisante.

LA ROCHE.—No, señog. El guisantito. ¿Acaso ustedes no tie-en el Patatego, que cultiva las patatas?

MERCEDES.—Avíseme usted cuando dé la primera corrida. Eso no me lo pierdo.

PEPA.—Yo, en vez de mantilla y claveles, llevaré el pelo al ape y monóculo. ¡Progresiva que soy!

HORTENSIA.—Voy dentro; chicas, ayudadme a preparar a cena.

LA ROCHE.—Va a tomar alguna cuchagada de medicina, ¿es eso?

HORTENSIA.—No, señor. Ahora practico el método nat ta. No como más que tomates. Es maravilloso. He empez hoy, y me siento fuerte y joven.

PEPA.—*(A Mercedes.)* Tened cuidado esta noche; a lo me tu madre se pone a cantar como los grillos.

MERCEDES.—Déjala. ¡pobrecilla!

(Entran todos, menos don Antonio y monsieur La Roch

DON ANTONIO.—Yo también me voy dentro. No quiero es aquí cuando venga...

LA ROCHE.—¿Quién?

DON ANTONIO.—Antoñito.

LA ROCHE.—¿Qué le pasa? ¿Otra vez reñidos?

DON ANTONIO.—Es escandaloso. Me pospone a Leonardo, obliga a dar el consentimiento a la boda, se marcha otra v No me da cuenta de nada: ni de proyectos, ni de situaci financiera. He pasado a la categoría de trasto viejo... No qu ro, no quiero verle.

LA ROCHE.—Es que no se entienden ustedes. Desgracia mente, entre las generaciones hay una incomprensión ab luta. Usted no entiende a Antoñito. El a sus nietos no entenderá tampoco.

DON ANTONIO.—Ya sé que tengo yo la culpa. Todos us des son aliados suyos... Y ha de saber usted, como lo sab él cuando sea necesario, que aquí ha de hacerse lo que mande; porque si él es el padre de las niñas, yo soy el dre de Antoñito. La autoridad mía es la indiscutible.

LA ROCHE.—Pero, don Antonio...

DON ANTONIO.—Déjeme en paz. *(Mutis a la casa. Monsie La Roche se queda indeciso un instante. Aparece* ANTOÑ *por la cancela de la valla. Es otro. Está abatido, aplasta Hasta parece que ha envejecido. Triste, seco, sombrío.)*

ANTOÑITO.—*(Nervioso.)* ¡La Roche! Le he estado buscan toda la tarde. Necesito dinero. Todo lo que tenga en su Ban

LA ROCHE.—Buen saludo. ¿Cómo está usted?

ANTOÑITO.—Perdone. Estoy muy preocupado. *(Le abraz* Ya sabe que le quiero.

LA ROCHE.—¡Ah, pícaro; algo pasa!

ANTOÑITO.—¿Cuánto tengo en la cuenta corriente?

LA ROCHE.—Tenía usted en la cuenta corriente unos do mil duros. No llegaban. Cincuenta y siete o cincuenta y oc mil pesetas...

ANTOÑITO.—¿Las tiene ahí? No, ¿verdad?

LA ROCHE.—Pero como le ha dado un cheque de cincue ta mil...

ANTOÑITO.—¡Ah, es cierto! A Leonardo. Para que se casa-
, me fingí rico.

LA ROCHE.—Y ahora usted no dispone de casi nada. ¡Anto-
o, Antoñito! Lo del dinero es lo de menos. ¡Sapristi! No
á la primera vez que le abro crédito en mi casa...

ANTOÑITO.—No son angustias de dinero. Me río de él porque
ganarlo... Son angustias... Se va usted a reír de mí... Son
gustias del corazón.

LA ROCHE.—*(Conmovido, pero afectando escepticismo.)* *Ro-
inesque...* Siempre tan novelesco...

ANTOÑITO.—Sí, señor. Y ahora más que nunca. Pero héroe
folletín melodramático. Una mujer, casada, que viene desde
Argentina buscándome... Un marido de gran carácter, de
os siempre dispuestos a todo. Un marido de Calderón... Y
, esto es lo verdaderamente terrible, empujado, metido en
aventura a disgusto; porque si no me voy con ella, no sé
é hacer.

LA ROCHE.—Entonces, si usted no lo sabe, permítame que
se lo diga: No se marche... Dele "una larga" a la señora
a. Sobre todo con un marido marrajo como el que tiene,
le es capaz de cogerle a usted al primer pase.

ANTOÑITO.—Esa mujer me arrastra, pero yo voy sin oponer
sistencia. Si ella me lleva, los míos me arrojan de aquí.

LA ROCHE.—¿Cómo es eso? Todos los suyos le quieren.

ANTOÑITO.—No, La Roche. Al llegar aquí encontré la sim-
atía, la cordialidad, si usted quiere; pero no el cariño en-
rañable que yo buscaba. Yo soy un ajeno aquí. Por eso me
oy con esa mujer, como me iría con otra cualquiera.

LA ROCHE.—Veamos, veamos. No tiene usted razón. Su ma-
re es una santa.

ANTOÑITO.—Por eso está siempre en el quinto cielo y no en
a tierra, para luchar contra las intransigencias y los des-
otismos de mi padre. Yo no me entiendo con mi padre.
a eterna historia. Le quiero, reconozco sus virtudes acriso-
adas, pero... Mi vida de una vez, por mi padre, sí; gota a
gota, no... No sé si soy un descastado; pero sin las rebel-
días de los hijos y de los pueblos no existiría el maravilloso
plus ultra de la Humanidad...

LA ROCHE.—Antoñito, ¿y las niñas?

ANTOÑITO.—¿Las niñas? De sobra sabe que eran mi ilu-
sión. Por ellas vine, por ellas vivo; llegué, y... *(Con amargu-
ra.)* me iban a malcasar a mi Mercedes. Arreglé eso. Pero mi
Merceditas se me casa con Leonardo, se va.

LA ROCHE.—Queda Teresa.

ANTOÑITO.—¿A quién le queda Teresa? ¿A mí? No. Es la
más ajena a mi afecto. Dentro de poco ni siquiera tendré

hija. ¿Qué voy a hacer yo en esta casa? Mis dos hijas estarán en ella. Mi madre, como si no estuviera; mi pad amargándome la vida.

LA ROCHE.—¿Y si no viviera usted en esta casa? Podría tar cerca, pero independiente.

ANTOÑITO.—Para vivir solo, sin familia, ¿qué más da vi en San Sebastián que en Túnez? El cuarto de hotel es el m mo en todas partes: un número. Volveré a ser el señor del del 112, del 995. O pondré nuevamente casa: una de esas sas que lo mismo que se ponen se quitan ¡La de mueb que yo habré comprado en mi vida! ¿Cuándo tendré mi d mitorio fijo? Unicamente cuando me muera. Créame, La l che; lo mejor es levar anclas. Navegar, navegar...

LA ROCHE.—¿Y con qué rumbo? ¿América?

ANTOÑITO.—O Asia, o Africa. Aun no lo sé. ¡Qué import Bueno. La Roche, yo me marcho esta misma noche. Le pe dré un telegrama, y usted me gira a París... Todo lo que pi da, todo lo que quiera. Y mi gratitud de por vida... Adi *(Se abrazan emocionados. Monsieur La Roche entra en casa.)*

LA ROCHE.—*Pauvre garçon!*

(Sale TERESITA *de la casa.)*

TERESITA.—Papá, sé que te marchas.

ANTOÑITO.—No lo he ocultado.

TERESITA.—Una hija no debe intervenir en las decisiones su padre... Pero si me lo permites...

ANTOÑITO.—Yo lo permito todo.

TERESITA.—¡Mi conciencia me dicta que debo advertirte l peligros que tiene la vida.

ANTOÑITO.—¡Bah! ¿Un sermoncito?

TERESITA.—No lo eches a broma, ni adoptes el tono prof no. Es este un momento grave. Te hablo porque querría co vencerte de lo que en un caso como el tuyo ordena la religió

ANTOÑITO.—¿Quieres saber lo que ordena la mía? Yo teng la religión de San Pablo: "La fe sin obras, muerta es." N dirás que San Pablo era un impío... Yo no puedo ver trist zas ni amarguras a mi lado sin tratar de aliviarlas. No sc capaz de apartarme del que sufre o peligra, por no compart su peligro a sus sufrimientos.

TERESITA.—Eso es un reproche a mi vocación.

ANTOÑITO.—Perdona, hija mía. No quise aludir a nadi Pero te juro que el egoísmo ajeno me subleva y me irrita Hay tanto dolor en el mundo, que nadie debe pensar sólo e sí, sino en el dolor de los demás. Quien se acerca a mitiga la sed de un semejante, está más cerca de Dios que el otr que cómodamente le volvió la espalda e implora al cielo par

le abran sus puertas. Mi religión no es la tuya, Teresita.

TERESITA.—Me afliges, papá; porque eres bueno y no mereces la vida de Caín.

ANTOÑITO.—¡La vida de Caín! Y sin embargo Caín trabaja para que viváis vosotras.

TERESITA.—Perdóname si me he extralimitado. Pero yo estoy dispuesta a ser una hija obediente; haré lo que me mande... , a cambio de que salves tu alma.

ANTOÑITO.—Gracias, hija mía. Nada necesito. Adiós. *(Entra en la casa.)*

TERESITA.—*(Llorando.)* ¡Pobre papá!

(Salen MERCEDES *y* LEONARDO.*)*

MERCEDES.—No es hora de llorar, Teresita, sino de hacer.

TERESITA.—Dices lo mismo que papá.

MERCEDES.—Claro, somos iguales.

LEONARDO.—¿Hablaste con él?

TERESITA.—Le hablé como lo que querría ser suyo: como la madre; porque a mí papá me parece un poco hijo mío. He querido dar los consejos de una madre.

MERCEDES.—Aquí no hace falta una madre, sino una mujer.

LEONARDO.—La madre es blandura, tolerancia y disculpa para los hijos.

MERCEDES.—Y lo necesario ahora es una mujer enérgica, delida, que corte por lo sano.

TERESITA.—Quizás tengáis razón. Quizás en la vida lo único que valen son los actos.

LEONARDO.—No te quepa duda. Te lo dice un poeta.

TERESITA.—Pero ¿qué vamos a hacer las mujeres? Somos las pobrecillas al margen de las cosas.

MERCEDES.—¡Cá! ¿Sabes la diferencia que hay entre una mujer y un hombre? Pues que la mujer es un hombre más to. Y ahora, déjanos. Vete a tus habitaciones y reza. Reza apártate, ya que no quieres nada con la vida. *(Teresa entra la casa, triste.)*

LEONARDO.—Has estado un poco dura.

MERCEDES.—Me irrita su monjío, como nos irrita a todos. demás, la he echado porque estorbaba para mi plan.

LEONARDO.—¿No será muy atrevido?

MERCEDES.—¡Cómo se conoce que no eres mujer! Ya verás mo no. Es un plan inspirado en las teorías de mi padre.

LEONARDO.—En fin, con tal de conseguir que no se marche... stoy en ascuas.

(Por la empalizada aparece RELETÚA *y se acerca con misterio a Mercedes.)*

RELETÚA.—¡Su!...

MERCEDES.—¿Ya?

RELETÚA.—Ya te la tienes. Que avise padre, dise. Autor vil trae.

MERCEDES.—No le digas nada a mi padre. Y a esa seño dale este recado. Pero fíjate bien.

RELETÚA.—Todas orejas me pongo.

MERCEDES.—La dices: el señor me ruega que se moleste ir un momento a su casa.

RELETÚA.—Bien.

MERCEDES.—Repítelo.

RELETÚA.—Señor dise que te molestes y a casa que te sul

MERCEDES.—Muy bien; corre. *(Sale Reletúa.)*

LEONARDO.—Te dejo sola. Me quedo en el vestíbulo. cuanto te oiga hablar en tono más fuerte, salgo.

MERCEDES.—¡Bah! No pasará nada.

LEONARDO.—No estoy tranquilo.

MERCEDES.—Te llamaré si me haces falta.

LEONARDO.—*(Le estrecha y le besa la mano.)* Estoy ahí *(Entra en la casa. Mercedes se prepara y acicala, como esperase a un hombre. Al instante aparece* CHON *a la pue de la empalizada. Lleva traje de viaje propio para el auto vil. Abre la cancela; entra en el jardín, sin ver a nadie. M cedes, que se había apartado y como ocultado, sale a su cuentro.)*

MERCEDES.—Señora.

CHON.—Señorita...

MERCEDES.—Yo la mandé llamar...

CHON.—No comprendo.

MERCEDES.—Voy a explicárselo en el acto. También voy decirle quién soy. ¡La espera a usted una sorpresa tan gran

CHON.—Hasta ahora, sí es sorprendente.

MERCEDES.—Sabrá usted que Antoñito ha venido a casar

CHON.—¿A casarse?

MERCEDES.—Precisamente.

CHON.—No, no sabía que el señor Falcón se casara... más: lo dudo.

MERCEDES.—Pues no lo dude usted oyéndolo de mis labi Porque ya habrá usted adivinado quién soy.

CHON.—Sí.

MERCEDES.—Soy la novia, la prometida de Antoñito; ¿I qué se ríe usted?

CHON.—Es tan inocente el engaño... Y se parece usted ta to a él... No sólo en la cara...

MERCEDES.—Bueno; está bien. Soy su hija, la mayor; M cedes.

CHON.—Por muchos años.

MERCEDES.—Por todos los que usted nos deje.

CHON.—¿Yo?

MERCEDES.—Usted. Si usted se lo lleva, Teresita y yo nos edamos sin padre. ¡No nos lo quite, se lo suplico!

CHON.—*(Irritada.)* ¡Ni que viniera yo con un lazo! El me ue porque quiere, porque me quiere...

MERCEDES.—¡Qué sé yo!

CHON.—Lo sabe él. Si usted no puede hacerlo, que un cria- avise de mi presencia a su padre...

MERCEDES.—Yo le ruego que se marche, que renuncie a él.

CHON.—Nada. Me vuelvo al automóvil. Ya vendrá. *(Da me- vuelta. Mercedes la detiene.)*

MERCEDES.—Debo advertirla que están en mi poder sus rtas...

CHON.—¿Qué cartas?

MERCEDES.—Sus cartas de amor a papá, que son..., vamos, e son una obra maestra de... frescura y de ligereza conyu- l. Y si usted sigue persiguiendo a mi padre...

CHON.—*(Sarcástica.)* ¿Le manda usted esas cartas a mi arido? Pues certifíquelas, no vayan a perderse. ¿Qué puede portarme un marido del que huyo, que no volveré a ver?

MERCEDES.—Claro, no le importa a usted.

CHON.—No; ni me impresionan sus argumentos de niña.

MERCEDES.—Tenga usted sus cartas. *(Se las entrega. Chon s toma.)* Esto no quiere decir que me haya usted conven- do y le permita que se lleve usted a mi padre...

CHON.—Su padre es un hombre libre.

MERCEDES.—Sí, señora. Y usted una mujer... lo mismo.

CHON.—¡Señorita!

MERCEDES.— *(Con vehemencia.)* Y a mí no me da la gana ne usted, que una mujer como usted, pierda a mi padre... o crea usted que me importa mucho que sea usted casada, o. Eso a quien horroriza es a Teresa. A mí lo que me es- anta es que... usted no le quiere.

CHON.—¿Qué dice? ¿Está usted loca?

MERCEDES.—En mis cabales, y más que nunca. Sé que no asó nada que obligue a papá a seguirla a usted y que usted iene a llevárselo porque sí, por soberbia, por venganza, para ue él no se salga con la suya. Y eso, no...

CHON.—Tranquilícese. Quiero a su padre. No entiende us- ed de amor.

MERCEDES.—Es usted quien no entiende. Basta ver cómo lo ractica. Sabe de sobra que mi padre no la quiere, y, sabién- olo, viene a buscarle. Está usted loca o es usted... perversa. Se lo lleva para hacerlo sufrir, para acabar con su vida.

CHON.—Usted se lo dice todo, señorita. Se forma usted una dea quimérica de las cosas y las confunde con la realidad.

MERCEDES.—¿Acaso no es una realidad que abandona us
a su hijo y hace que nuestro padre nos abandone a
otras? Vea el ejemplo de lo que ocurre en esta casa y pie
en lo que pasará en la suya cuando usted se marche en
momento en que más falta le hace a su hijo, dejándole p
toda la vida la amargura de saber lo que ha sido su madr
No, eso no lo perdona nunca un hijo... Y nosotros, los hi
tenemos derecho a todos los sacrificios de los padres. Los
jos mandamos. Yo, la hija de su amante de usted, la ma
a usted que renuncie a esta locura; pero no por mí, sino
interés, en nombre de su propio hijo.

CHON.—Esos son asuntos míos. Y no tolero a usted ni
palabra más. Es usted una chiquilla...

MERCEDES.—Sigue usted creyéndolo... Va usted a conoc
me como mujer... Ahora mismo voy a gritar para que v
gan todos, y delante de todos voy a decir que no es él,
no es mi padre el que la busca y la persigue; que es us
la que va detrás de un hombre que no la quiere... Piense
dentro de un instante ese hombre la rechazará delante de
dos; piense en la vergüenza y el ridículo que va usted a
rrer y en que va a llorar las peores lágrimas que puede
rar una mujer: las de la humillación.

CHON.—¿Será capaz de eso su padre? No, no. Esa es u
nueva insolencia de usted.

MERCEDES.—Yo no me hubiera atrevido a decirla nada
no me lo hubiese ordenado mi padre. Compréndalo.

CHON.—¿Es su padre quien la ordenó que me tratara a

MERCEDES.—Quien me ordenó que la dijera la verdad.
se marcha con usted.

CHON.—Sí: hubiese sido demasiado atrevido en usted
nerse delante de mí a disputar de cosas en que no debe m
clarse una hija. ¡Se lo ha ordenado su padre! Ahora lo v
No se atrevió él cara a cara, con lealtad, y usted se ha
cargado, delicadamente, de insultarme. Les felicito por la e
boscada. Digna hija de tal padre. ¡Puaf! *(Sale.)*

(Sale ANTOÑITO, *al que trata de contener* LEONARDO.*)*

ANTOÑITO.—¡Espera, Chon! *(Va a salir tras ella.)*

MERCEDES.—*(Interponiéndose, ayudando a Leonardo a de
ner a Antoñito.)* No tiene que esperar. Tú aquí, quietecito.
estás libre de ella.

ANTOÑITO.—Pero, Mercedes, ¿qué has hecho, qué ha pasad

MERCEDES.—No te preocupes; la cuestión es que no volve
¿Qué, soy lista?

ANTOÑITO.—*(Abrazándola, conmovida.)* ¡Hija mía!

MERCEDES.—¡Papá!

LEONARDO.—*(A Mercedes.)* Me sorprendió, y tuve que decirue estabas con ella...

ANTOÑITO.—Adivinaste el estado de mi alma. No quería a mujer, y marcharme con ella era poner un punto final trá a mi vida.

MERCEDES.—*(Conmovida.)* ¡Papá!...

ANTOÑITO.—Pero ¿qué iba a hacer? No podía contar con el to de nadie. Mejor dicho: consideración, afecto, sí; pero ño hondo, cariño del alma no lo encontré en vosotras.

MERCEDES.—Te habías engañado. ¡Estoy más contenta, más enta!

LEONARDO.—Ha hecho lo que yo hubiera hecho en su caso.

MERCEDES.—Ahora dale los billetes. Expreso Hendaya-París. puedes romper, gracias a tu discípula.

ANTOÑITO.—*(Ha recobrado su carácter alegre, apayasado, lante.)* Sí, señorita; discípula mía; pero aun te voy a detrar que soy el maestro. *(A Mercedes.)* Traeme el abrigo sombrero, y tú *(A Leonardo)* trae esos billetes.

MERCEDES.—Pero... ¿no será que te marchas?

ANTOÑITO.—Obedece. ¡Te lo manda tu padre! Es una idea ial... Hazme el favor de avisar a Teresa. *(A Leonardo.)* *Todos muy contentos, muy rápidos. Esta escena y las sientes, hasta el final, tendrán alegría desbordante o contea, según la situación, pero alegría.* MERCEDES *entra.* LEODO *grita.)*

LEONARDO.—¡Teresa, Teresa! Pero... ¿qué va usted a hacer?

ANTOÑITO.—Tú te callas. ¿Qué voy a hacer? Pero... ¿crees esa ráfaga de pesimismo que ha pasado por mí podía durar cho? ¡Mis hijas me quieren, Leonardo! Lo demás no tiene portancia. *(Aparece* MERCEDES *con el abrigo de entretiempo Antoñito y su sombrero americano. Se los pone.)*

ANTOÑITO.—Ahora ya estoy otra vez caracterizado. Recojo mi mano las riendas de la vida . Empieza la comedia. Vosos no tenéis que hacer más que estar tristes. *(Sale* TEA.*)*

TERESITA.—¿Alguno de vosotros me ha llamado?

ANTOÑITO.—*(Hace señas a Mercedes y Leonardo para que presenten bien su papel. Con voz emocionada.)* Te he hecho mar yo para despedirme de ti.

TERESITA.—Pero... ¿te marchas?

ANTOÑITO.—Sí, hija mía. Abrázame. Me voy. *(Mercedes se va el pañuelo a los ojos. Leonardo se deja caer en la silla hunde la cabeza entre las manos.)*

TERESITA.—Papá... *(Vacilando.)* Perdóname que te pregunte.

ANTOÑITO.—*(Con sollozos.)* Pregúntame, hija mía, pregúnne lo que quieras; pero date prisa que me están esperando.

TERESITA.—De eso quería hablarte. Esa persona que t pera... *(Con un arranque.)* Papá, no te vayas; no quiero; perdición. Esa mujer te lleva al abismo, condenarás tu a nos harás morir de dolor a todos. *(Se abraza a él llorand*

ANTOÑITO.—*(Guiñando un ojo a los otros. Leonardo as la cara de risa entre las manos y Mercedes detrás del ñuelo.)* Sí hija mía; tienes razón. *(Muy compungido.)* H demonio que me extravía y me condena a tormentos eter Pero... ¿qué voy a hacer? No tengo a mi lado un espíritu fu y sano. Mi hija, la mayor, se casa; mi hija, la menor, *podría salvarme*, me abandona por salvarse ella. Sin un af sin un sostén sentimental, prefiero irme en pos de ese e jismo, de ese amor infame, yo, que estoy sediento de a santo y puro. Así moriré lejos de esta casa, donde ning sois capaz de ceder un poco en vuestro egoísmo por li de una amenaza a vuestro padre.

TERESITA.—No, papá. Te engañas. Yo me sacrificaré por *(Al oír esto, Mercedes hace mutis; entra en la casa.)* Mi ción será grata a los ojos de Dios.

ANTOÑITO.—¿De veras?

TERESITA.—Sí, papaíto querido.

ANTOÑITO.—*(Ahora de veras emocionado.)* Gracias, T sita, gracias; tú serás mi Angel de la Guarda.

TERESITA.—Yo seré un poco como madrecita tuya, ¿quier En el convento salvaría mi alma; junto a ti, salvaré tam la tuya.

LEONARDO.—Por fin hablan sinceramente tus sentimientos

ANTOÑITO.—*(Alegre.)* A eso le llamo yo la religión ver dera. Pero *(Mirando al reloj.)* faltan veinticinco minutos.

TERESITA.—¿Para qué? *(Aparece* MERCEDES *con el abrigo y sombrero y el ejemplar de la Biblia.)*

MERCEDES.—Ponte esto.

TERESITA.—*(Aturdida.)* ¿Que me ponga esto?

ANTOÑITO.—Porque nos vamos. *(Enseñando los billete* Expreso de Hendaya. Mañana, a estas horas, en París.

TERESITA.—¿Y esa mujer?

ANTOÑITO.—Cuando se canse de esperar se irá a su casa

LEONARDO.—Toma la Biblia, para que la leas en el tren.

ANTOÑITO.—*(Tirando de Teresita.)* Aprisa, aprisa. *(Abre puerta de la cancela.)*

TERESITA.—¿Sin despedirnos? ¿Cómo nos vamos a ir así?

ANTOÑITO.—Ya escribirás. No hay tiempo de dar explicac nes, ni de besuqueos. ¡Anda!

TERESITA.—¡Adiós, adiós!

ANTOÑITO.—¡Adiós, hijos míos! *(Mostrando a Teresita.)* ¿Eh, tal? Mañana habrá aprendido a bailar el charlestón. *(Se*
.)

LEONARDO.—¡Viva la vida!

MERCEDES.—*(Llamando.)* ¡Papá, mamá Hortensia! *(Aparece* LETÚA.)

LELETÚA.—¿Qué te les sucede que se van?

LEONARDO.—Sí; la señorita Teresita renuncia a ser monja.

LELETÚA.—¡Ma cás!... Entonses hábito tendré que ponerme De morao, morao voy a elegir. *(Salen todos.)*

DON ANTONIO.—¿A quién llamabas?

HORTENSIA.—¿Qué sucede?

TODOS.—¿Qué es?

MERCEDES.—Papá se ha marchado a París; se lleva a Teresa, renuncia a ser monja.

HORTENSIA.—Pero... ¿están locos?

DON ANTONIO.—¡Sin decirme nada! Ese hijo me va a matar.

PEPA.—Tu padre os da a todos mil vueltas.

CHICHITA.—*(Acercándose a Mercedes, llora.)* Mercedes, tu pá me ha engañado. *(Llora más y se abraza a ella.)*

MERCEDES.—¿Cómo?

CHICHITA.—Sí; me dijo que a quien iba a llevar a París a mí.

MERCEDES.—*(A Leonardo.)* Pero... ¿tú ves esto?

LA ROCHE.—¡Romanesque!

MERCEDES.—*(Acariciando a la desconsolada Chichita.)* ¡Este pá!... ¡Este papá... es un hacha!

TELON

LA FARSA

Publicación semanal
de obras de teatro.

DIRECTOR:

VALENTIN DE PEDRO

Las obras más interesantes; las de más prestigiosos autores; las que más expectación hayan despertado, las encontrará usted en

LA FARSA

ADMINISTRACIÓN: RIVADENEYRA (S. A.
SECCION DE PUBLICACIONES
Paseo de San Vicente, 20.—Madrid.
PRECIO DEL EJEMPLAR: **50 CÉNTIMOS**

SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTA EDICIÓN ESPECIAL
PARA EL REGISTRO DE
UNA MANO SUAVE
EN MADRID, A 23 DE MARZO DE 1929,
EN LA IMPRENTA RIVADENEYRA,
PASEO DE SAN VICENTE, 20.

Precio: 50 céntimos.